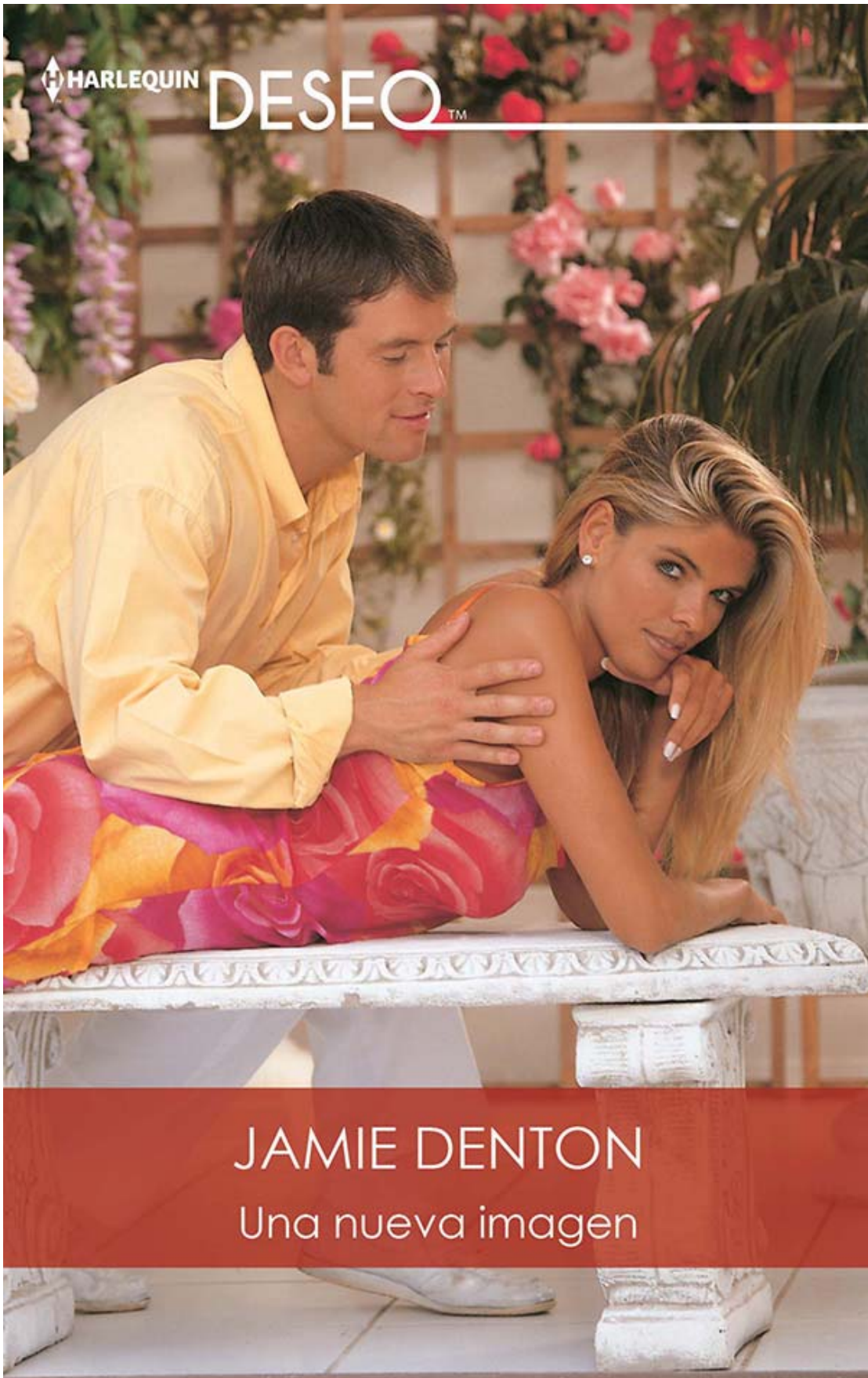




HARLEQUIN

DESEO™



JAMIE DENTON

Una nueva imagen

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Simon Hawthorne necesitaba urgentemente una nueva imagen o iría a la cola del paro. Y la asesora de imagen Jaycee Richmond era la mujer que podía transformar a aquel hombre desgarrado. Ella estaba convencida de que, tras las gafas de pasta, el pelo engominado y la ropa pasada de moda había un pedazo de hombre. Después de todo, Simon tenía unos preciosos ojos verde esmeralda y un trasero...

Pero, ¿qué puede hacer una experta en imagen cuando se siente repentina y locamente atraída por su propia creación?

Capítulo 1

Jaycee Richmond arrugó el papelito que había encontrado en la galleta de la fortuna y lo guardó en su bolso mientras salía del ascensor. ¿Cuántas personas habrían leído el mismo mensaje, las mismas palabras sacadas de una galleta del restaurante Chan? O peor, pensó mientras caminaba por el pasillo, ¿cuántas caerían víctimas de aquella tontería?

Las echadoras de cartas, los videntes y los horóscopos no eran más que bobadas para ingenuos y Jaycee no pensaba perder más tiempo con una galleta que decía: El hombre perfecto aparecerá hoy en tu vida.

Jaycee no creía en la buena o mala suerte ni en la sabiduría de Confucio. El destino no tenía nada que ver con el éxito o el fracaso y solo el trabajo aseguraba una recompensa. Pero mientras sus hermanos, y a la vez jefes, compartían esa filosofía, no se la aplicaban a ella. Después de trabajar durante diez años en la asesoría de imagen creada por su padre, retirado cuatro años antes, no había recibido recompensa alguna.

Llevaba seis meses esperando conseguir el ascenso que tanto deseaba, pero la respuesta de sus hermanos seguía siendo la misma: no.

Jaycee entró en su diminuto despacho, un «regalo» de Rick y Dane cuando consiguió la licenciatura en dirección de empresas. Un despacho pequeño, pero agradable, en el que, lamentablemente, solo se dedicaba a labores administrativas.

Su educación no había terminado al graduarse en la universidad. Seis meses antes había terminado un Master de tres años en publicidad y relaciones públicas y estaba convencida de que sus hermanos, por fin, le darían una posición ejecutiva.

No podía estar más equivocada.

Para los Richmond, si una chica quería trabajar, su sitio estaba en puestos tradicionales como secretaria, administrativa, bibliotecaria o enfermera.

¿Tradicionales? Ridículos, anticuados y machistas, pensó Jaycee, furiosa, mirando el montón de papeles que había sobre su mesa.

La igualdad de derechos era algo desconocido para ellos y la culpa era de sus padres y sus abuelos. Las mujeres de la familia Richmond nunca

habían trabajado. Iban de la casa de sus padres a la casa de sus maridos. Y el hecho de que Jaycee trabajara, que tuviera un título universitario, que viviera fuera de casa y, sobre todo, que siguiera soltera a los veintisiete años era causa de sofoco y preocupación.

Quizá no era realmente hija de los Richmond. Quizá era adoptada.

Jaycee abrió uno de los cajones del escritorio para guardar su bolso. Tenía que probarle a sus hermanos que era capaz de hacer lo que ellos creían un trabajo de hombres. Y no podía hacerlo metida en un diminuto despacho con un ordenador, copiando un informe tras otro.

— ¿Es usted la señorita Richmond?

Sobresaltada, Jaycee cerró el cajón y se pilló los dedos. Su sonrisa se convirtió en una mueca mientras intentaba disimular el dolor.

—Sí, soy yo. Y debería haber venido ayer —dijo, levantándose—. La fotocopidora está en otro despacho.

—No he venido a arreglar la fotocopidora —replicó el extraño de voz profunda y ronca.

La hermosa voz aterciopelada contrastaba con el aspecto del hombre, muy alto, con anticuadas gafas de pasta y una sencilla camisa blanca de manga corta, que se inclinaba un poco hacia adelante con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Quiero contratarla.

Jaycee lo miró, sorprendida. El extraño tenía unos preciosos ojos de color verde esmeralda. Una pena que estuvieran escondidos tras las gafas de pasta.

— ¿Cómo que quiere contratarme?

—Dicen que necesito un cambio.

¿Un cambio? ¿Quién le había dicho que necesitaba un cambio? ¿Los médicos, la policía?, se preguntó ella. No parecía un loco, pero Jeffrey Dahmer también le había parecido un chico normal...

— ¿Perdone? —murmuró Jaycee, dando un paso hacia la puerta, por si acaso.

Fiona, su mejor amiga y contable de la empresa, debía seguir almorzando. De modo que su única ayuda sería Juliana, la recepcionista. Estaba sola... sola con un tipo que quería un «cambio».

—Necesito un cambio —repitió él, subiéndose las gafas con el dedo—. Ya sabe. Un cambio... de imagen.

—Me parece que se ha equivocado de sitio.

—No me entiende, señorita —insistió él. Pero Jaycee lo entendía. Los psicópatas también parecen muy amables al principio—. ¿No es usted una asesora de imagen? —preguntó el hombre, con una nota de desesperación en la voz. Una nota que la hizo recordar a toda prisa los movimientos de defensa personal que había aprendido en el gimnasio.

—Sí, pero...

¿Era un golpe en el plexo solar con el codo o un golpe seco en la tráquea...?

—Necesito un cambio de imagen —repitió el extraño, señalando el nombre de la empresa, escrito en el cartel de la entrada.

Jaycee dejó escapar un suspiro de alivio.

— ¿A qué se dedica usted, señor...?

—Hawthorne. Simón Hawthorne —contestó él—. Soy contable.

—Una empresa de contabilidad —repitió ella, pensativa. Aquel día no había nadie en la oficina, excepto Fiona, la recepcionista y ella. En alguna ocasión, había sido Jaycee quien hacía la entrevista preliminar a algún cliente, pero después sus hermanos se encargaban del asunto. Si entrevistaba a Simón Hawthorne sin decirle nada a nadie...

La idea, aunque no muy profesional, le parecía meritoria. No le gustaba tener que engañar a nadie, pero ¿de qué otra forma podía probarle a sus hermanos que era capaz de ocupar una posición ejecutiva? Por supuesto, habría preferido algo más interesante que una empresa de contabilidad, pero no podía elegir. Un cliente era un cliente. Y podría significar un cambio sustancial en su vida.

Jaycee regaló a Simón Hawthorne su sonrisa más profesional.

—Acompáñeme, señor Hawthorne —dijo, llevándolo al despacho de Rick, su hermano mayor—. ¿Por qué no empieza por decirme qué clase de imagen quiere conseguir? —preguntó, sentándose e indicándole que hiciera lo propio.

Simón empezó a tamborilear sobre el brazo del sillón.

—El término que usó mi secretaria fue: «más moderna».

Jaycee se dio cuenta de que parecía un poco avergonzado.

—No tiene que avergonzarse, señor Hawthorne. Las empresas de contabilidad son famosas por su... sobriedad —dijo, intentando darle confianza—. Yo, personalmente, me siento más cómoda sabiendo que mis intereses económicos están en manos de profesionales serios y no en una casa de locos.

Simón Hawthorne seguía golpeando el brazo del sillón y Jaycee lo miró, sorprendida.

—Perdone. Es una costumbre.

—Como estaba diciendo, los clientes se sienten cómodos sabiendo que su dinero está en manos de...

—Señorita Richmond —la interrumpió él.

— ¿Sí?

—Es mi imagen.

— ¿Cómo? —preguntó Jaycee, confusa.

—Necesito una nueva imagen —dijo él, con aquella voz aterciopelada que le recordaba a... ¡los anuncios de sexo telefónico!

Así era la voz de Simón Hawthorne. Como las de las líneas calientes. Si cerraba los ojos, podía sentir aquella voz como una cascada cayendo sobre ella...

Jaycee abrió los ojos y se obligó a sí misma a concentrarse.

— ¿Usted necesita una nueva imagen?

—Sí. Dicen que no tengo el aspecto... adecuado para tratar con los clientes.

—Entonces, es usted quien quiere una nueva imagen. No su empresa.

Simón Hawthorne sonrió y Jaycee notó que tenía una sonrisa preciosa. Y una boca muy sensual. No era el tipo raro que le había parecido al principio. En realidad, era muy mono.

—En Eaton y Simms, si no pueden darte un ascenso, te despiden.

«Menuda oportunidad de probarle a sus hermanos que podía manejar a un cliente por sí misma. Jaycee se levantó, intentando disimular la desilusión. Algún día llegaría su oportunidad. Pero no iba a ser aquel día.

—Me gustaría ayudarlo, pero Imagen y Estilo es una asesoría de imagen para empresas —dijo, ofreciéndole su mano como gesto de despedida—. Por favor, no se, ofenda, pero creo que no somos los indicados para solucionar su problema.

Él se levantó y Jaycee tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Se preguntaba qué aspecto tendría sin esas gafas de pasta.

—No tengo tiempo de buscar otra empresa.

—Siempre hay tiempo para mejorar —murmuró ella, mirándolo de arriba abajo. Por ejemplo, cambiando su forma de vestir, con un buen corte de pelo, eliminando la gomina pasada de moda...

—Solo tengo unos días, señorita Richmond.

— ¿Para qué?

—Para que el consejo de administración de Eaton y Simms tome una decisión. Me han saltado dos veces en los ascensos y si vuelven a dejarme fuera... La tercera vez es la definitiva. Si no me ascienden a la categoría ejecutiva, me despiden.

— ¿Y usted cree que el problema es su imagen? —preguntó Jaycee, sorprendida. Los contables solían ser serios y aburridos. Si Simón Hawthorne se sentía más cómodo haciendo números que hablando con la gente o llevando ropa de marca, ¿no era el contable ideal?

—Soy muy bueno en mi trabajo —dijo él entonces—. Pero mi secretaria oyó que el presidente de la empresa me llamaba... anticuado y aburrido.

Jaycee hizo una mueca.

—Me gustaría poder ayudarlo, pero Imagen y Estilo no es una...

—Necesito una nueva imagen o tendré que buscar otro empleo —la interrumpió Simón—. Pero lamento haberle hecho perder el tiempo, señorita Richmond.

Simón Hawthorne se volvió para marcharse y Jaycee sintió una punzada de remordimientos. En realidad, entendía perfectamente cómo se sentía. Sabía lo que era desear que apreciaran la habilidad profesional de uno, no el aspecto exterior. Durante años había tenido que soportar los prejuicios de su familia impidiéndole formar parte de la empresa en la categoría que le correspondía. Cuando se cerró la puerta, sintió que su oportunidad se escapaba con aquel hombre. Una ridiculez. Lo que Simón Hawthorne buscaba, Imagen y Estilo no podía dárselo.

¿O sí?

Jaycee salió del despacho de su hermano a toda prisa. Seguramente Simón había tenido que enfrentarse con los prejuicios de los demás durante toda su vida. Sobre todo, con el mito del hombre perfecto. Los modelos de los anuncios tenían entrenadores personales y seguramente se habían metido tantos esteroides en el cuerpo que sus órganos reproductores estarían en la lista de especies en peligro de extinción. No todos los hombres eran perfectos. Algunos eran como Simón Hawthorne: normales, sencillos, trabajadores.

Imagen y Estilo era una asesoría de imagen para empresas, pero no había razón alguna para no hacer lo mismo con una persona. El reto sería diferente, pero el resultado, el mismo: un cliente con una imagen más contemporánea, más atractiva para los demás.

Lo que tenía que hacer era realizar el trabajo con Simón Hawthorne fuera de la oficina.

Y atraparlo antes de que saliera del edificio.

—Volveré enseguida —le dijo a Juliana, corriendo hacia el pasillo.

Simón estaba entrando en uno de los ascensores y se quedó perplejo al verla.

— ¡Señorita Richmond! —exclamó, sujetando la puerta.

—Lo ayudaré, señor Hawthorne. Podemos ayudarnos el uno al otro.

— ¿Usted va a ayudarme? ¿No su empresa?

Jaycee asintió, sonriendo.

—Imagen y Estilo no trata con clientes individuales. Nuestro trabajo consiste en mejorar la imagen de grandes empresas. Esto tendrá que ser entre usted y yo.

El la miró, escéptico, sin dejar de sujetar la puerta automática del ascensor.

— ¿Cómo vamos a ayudarnos el uno al otro?

—Digamos que tenemos un objetivo común, señor Hawthorne. Además, ¿qué tiene usted que perder?

—Mucho —contestó él.

—Yo también.

— ¿Por ejemplo?

—Todo lo que es importante para mí —contestó Jaycee—. Mire, usted ha venido a mí buscando ayuda y yo, precipitadamente, le he dicho que no, pero sé que puedo ayudarlo. ¿Qué le parece si nos vemos esta tarde a las seis en el bar del puerto? Si no se me ha ocurrido un plan para entonces, no volveremos a hablar del asunto. ¿De acuerdo?

El la miró durante unos segundos sin decir nada.

—De acuerdo —dijo por fin.

—Se alegrará de haber aceptado —sonrió Jaycee, estrechando su mano. El calor de la mano del hombre hizo que su corazón diera un vuelco.

—Gracias.

Después de eso, Simón soltó la puerta del ascensor y ella se dio la vuelta, preguntándose cómo un simple roce podía haber causado tal conmoción.

Estaba nerviosa, se dijo.

Pero no sabía si era cierto del todo.

Capítulo Dos

Aquel día parecía no terminar nunca.

Simón frunció el ceño. El planeta desaparecería antes de que pudiera volver a verla, pensó, mirando su reloj por enésima vez. El deseo de ver a Jaycee Richmond respondía a una necesidad personal, más que a la relación profesional que ella le había propuesto; una indicación de lo patético que empezaba a sentirse.

Simón cerró los ojos. Patético o no, se imaginaba a sí mismo entrando en el bar del puerto a las seis de la tarde, elegante y resuelto, como Pierce Brosnan. La derretiría con una sonrisa como la de Mel Gibson, aparentando no notar que ella deslizaba los ojos por su torso, solo comparable al de Arnold Schwarzenegger, escondido bajo un traje de Armani. Con el encanto de James Bond, se sentaría sobre un taburete, cerca de la barra. Las féminas lanzarían sobre él miradas de admiración, pero Simón solo buscaba a una mujer.

La de la sonrisa luminosa y la melena castaña rozando una piel de porcelana. La mujer con las piernas más bonitas que había visto nunca...

Un golpecito en la puerta de su despacho lo devolvió a la realidad. Cuando levantó la mirada, vio a Stella, su secretaria, mirándolo con cara de reprobación.

— ¿Le importaría decirme desde cuándo Charcuterías Harley ha añadido jerséis de cachemir a su lista de inventario?

— ¿Perdona?

Stella sonrió.

— Sé que el café es un poco fuerte, pero dudo mucho que la empresa colombiana Cafés Puerto haya decidido regalar repuestos de automóviles.

Simón se colocó las gafas en su sitio.

— No tengo tiempo para juegucitos, Stella. ¿De qué estás hablando?

Su delgadísima secretaria dejó dos archivos sobre la mesa.

—De estos balances —contestó la joven, haciendo una pompa con el chicle—. Ha metido los recibos de la empresa de café junto con los de Michelin, los de la boutique francesa con los de Charcuterías Harley... No sé qué le pasa, jefe, pero está muy raro.

Simón dejó escapar un suspiro. Stella tenía razón. No podía concentrarse. Llevaba horas perdiendo el tiempo con fantasías eróticas sobre Jaycee Richmond.

—Déjalos ahí. Lo arreglaré en un momento.

Stella volvió a hacer una pompa con el chicle.

—Tienen que estar terminados mañana, jefe —dijo, antes de salir del despacho.

Estupendo. Debía encontrarse con Jaycee a las seis y era imposible arreglar el entuerto en menos de dos horas. Quizá era lo mejor. No se sentía cómodo encontrándose con ella en un bar lleno de gente para hablar de algo tan... personal.

A pesar de su preocupación, no se hacía falsas ilusiones. A los treinta y dos años, nadie necesitaba recordarle que las mujeres como Jaycee Richmond, guapas, interesantes y extravertidas nunca se fijaban en hombres como él. Aunque, aparentemente, las piernas de Jaycee lo habían distraído más de lo que pensaba.

Sacando la tarjeta de Imagen y Estilo de la cartera, Simón marcó el número de la oficina.

Nunca entraría en el bar como James Bond, pensó. A él no le gustaban las multitudes. Se sentía más cómodo cuando había poca gente a su alrededor y ningún milagro podría cambiar eso. Él era Simón Hawthorne y, como decía el presidente de su empresa, era aburrido, anticuado y para nada la clase de contable que querían tener trabajando de cara al cliente.

La noticia lo había sorprendido. Como Jaycee había dicho, la seriedad y la contabilidad eran prácticamente sinónimos. Pero incluso Stella había admitido finalmente la verdad, que todo el mundo pensaba de él que era demasiado aburrido y pasado de moda como para ocupar una posición ejecutiva.

A Simón nunca le había gustado tratar con la gente. Y menos, tener que acudir a cenas y reuniones de negocios. Pero, en aquel momento, iba a necesitar un curso acelerado de relaciones públicas. ¿Por qué tendría que importarle al presidente de Eaton y Simms su aspecto o su forma de ser mientras el cliente estuviera satisfecho con su trabajo?

El problema era que importaba. La empresa había decidido renovarse y quería empleados modernos y dispuestos porque los clientes preferían hablar con una persona agradable vestida de Armani, en lugar de hacerlo con un señor muy serio que iba directamente al asunto y a quien no importaba su aspecto exterior.

—Jaycee Richmond, por favor —dijo, cuando la recepcionista de Imagen y Estilo contestó al teléfono.

— ¿Dígame? —escuchó la voz de Jaycee unos segundos después. A pesar de las imágenes eróticas que su mente había formado durante todo el día, al escuchar su voz Simón se quedó sin palabras—. ¿Dígame? —Simón se aclaró la garganta, pero era incapaz de hablar—. ¿Quién es?

El volvió a aclararse la garganta, nervioso.

—Simón —consiguió decir. Silencio. Jaycee había olvidado quién era—. Simón Hawthorne.

—No puede llamarme a la oficina —dijo ella en voz baja.

Eran amantes, amantes clandestinos que mantenían una relación prohibida.

—Pues venga a mi casa —dijo Simón, sin pensar. Al otro lado del hilo hubo un silencio. Menuda relación prohibida. Había imaginado que Jaycee le preguntaría a qué hora o le pediría inmediatamente la dirección, pero se había equivocado—. ¿Señorita Richmond?

—Estoy aquí —susurró ella.

—Considerando la naturaleza de nuestra relación, ¿no sería mejor que nos viéramos en privado?

—Pues... quizá tenga razón.

— ¿Se sentiría más cómoda si yo fuera a su casa?

— ¡No! —exclamó Jaycee. Simón tuvo que apartarse el auricular de la oreja—. Perdona, no quería gritar, es que... se me ha caído el teléfono. Dígame la dirección.

Simón no solo le dio su dirección, sino todos sus números de teléfono. Incluso el de su padre, por si acaso.

— ¿Le importaría que nos viéramos a las ocho? Tengo que solucionar un asunto urgente en la oficina.

—Quizá mañana sería mejor...

—Necesito verla lo antes posible —la interrumpió él—. Me refiero a que necesito su ayuda. Si no le importa, preferiría que nos viéramos esta noche.

—Muy bien. Entonces, a las ocho.

Simón colgó, intentando recordar cuándo había sido la última vez que invitó a una mujer guapa a su casa. Una hora más tarde, seguía buscando la respuesta.

Jaycee colgó el teléfono y se volvió hacia el ordenador, aparentando no haberse percatado de que Fiona estaba escuchando la conversación. Desde que eran niñas, la regla había sido: «si quieres que alguien se entere de algo, cuéntaselo a Fiona». Desgraciadamente, los años no habían mejorado la lengua a su amiga.

Fiona Goldwyn entró en su despacho Un segundo después.

—Será mejor que me digas ahora mismo con quién hablabas. Nos ahorrarás mucho tiempo a las dos.

Jaycee siguió tecleando en su ordenador.

—No pienso decírtelo.

Fiona se sentó en la silla que había frente a su escritorio.

—Di lo que quieras, pero sabes que voy a enterarme.

Jaycee dejó escapar un suspiro melodramático y después se volvió hacia su amiga.

— ¿No se te ha ocurrido pensar nunca que mi vida privada es... no sé... privada?

Fiona, con su mezcla de padre irlandés, madre judía y abuela china era una belleza exótica. Su largo cabello negro le caía hasta la cintura, tenía los ojos achinados, pero de color azul y poseía una sonrisa encantadora.

—No has podido guardar un secreto desde que estábamos en primaria. ¿Qué te hace creer que podrías ocultarme algo ahora?

—Y, desde primaria, tú tampoco has podido guardar un secreto mío, guapa.

Fiona examinó sus uñas, en silencio.

—Estoy dispuesta a cambiar.

—Ya. Y yo voy a presentarme a las elecciones —replicó Jaycee, dándose la vuelta para guardar un informe en la estantería.

—Venga, Jaycee. ¿Quién es ese novio tuyo?

—No es mi novio —contestó ella, sorprendida. Simón Hawthorne era... nada suyo. No era más que un medio para llegar a un fin. Solo un cliente. Su primer cliente.

—Pero es un hombre, ¿no?

Simón Hawthorne era un hombre, desde luego. Pero que lo fuera no tenía ninguna importancia. Para Jaycee solo era un cliente. Aunque tuviera unos ojos de color verde esmeralda. Y tampoco importaba que le hubieran temblado las piernas cuando le dio la mano. Fiona Goldwyn, su amiga bocazas, era la última persona con la que quería compartir su secreto.

—No lo conoces.

Fiona colocó los pies sobre la mesa.

—Entonces, tienes que contármelo todo sobre él.

—Siento desilusionarte, pero no hay nada que contar. ¿No tienes nada que hacer?

—El gato no está en casa, así que los ratones podemos jugar un rato —sonrió su amiga.

Jaycee la miró, aparentando preocupación.

—Le prometí a Rick que dejaría el informe de la empresa Henderson sobre su mesa antes de marcharme.

—Me estás engañando, Jaycee —dijo Fiona, con los ojos entrecerrados—. Estoy segura.

—No te estoy engañando, es que tengo mucho que hacer.

—Algo pasa aquí y pienso enterarme.

Después de eso, Fiona salió de su despacho. Y Jaycee se quedó preocupada. Porque Fiona Goldwyn tenía el instinto de un perdiguero.

Simón tomó los periódicos que había sobre la mesa del salón y los metió en el cubo que llevaba en la mano. Después, escondió la guía de televisión, el mando y una revista de crucigramas y miró su reloj. Faltaban tres minutos para las ocho.

Debería haber llegado antes para adecentar la casa un poco, pero había tardado más de lo que esperaba en arreglar los balances. Cuando terminó, eran las siete y cuarto y solo había tenido tiempo de comprar una botella de vino y subir a toda prisa.

En ese momento, sonó el timbre.

Con el cubo de la basura aún en la mano, Simón miró alrededor. Una capa de polvo cubría la mesa de café y lo limpió con el antebrazo. El timbre volvió a sonar.

— ¡Ya voy! —gritó, limpiándose el polvo del antebrazo. Sin soltar el cubo de basura, abrió la puerta y... se quedó sin habla.

Considerando las cosas que había estado pensando durante toda la tarde, el deseo que sintió en ese momento no debería haberlo tomado por sorpresa. Pero así fue. No podía creer que sus fantasías palidecerían comparadas con la realidad de tener a Jaycee Richmond en la puerta de su casa.

Ella sonreía, un poco nerviosa y Simón, sin pensar, deslizó la mirada hasta sus largas y torneadas piernas. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no comprobar por sí mismo si llevaba el liguero negro con el que había soñado. Su mirada se deslizó hacia la falda de lino gris y la blusa de seda color petróleo. Continuó hacia arriba, hasta la curva de sus pechos

bajo la blusa, la cadena de oro que colgaba de su cuello, su deseable boca... y después se encontró a sí mismo frente a unos ojos azul cielo.

Simón tragó saliva y resistió el deseo de desabrocharse la corbata. Admirar a una mujer era una cosa; dar rienda suelta a sus deseos, otra muy diferente.

Consciente del color que había subido a sus mejillas, se aclaró la garganta y dio un paso atrás, invitándola a entrar.

Ella miró un momento hacia el interior y después a él, como si estuviera midiendo sus oportunidades de escapar.

—Entre, por favor —murmuró, señalando con el brazo. Cuando algo rozó su tobillo, se percató de que no había soltado el cubo de basura y los periódicos habían caído al suelo.

Simón la miró, horrorizado, pero ella estaba sonriendo. Seguramente nunca había visto a un hombre ponerse colorado, al menos uno que tuviera más de quince años.

—Espero no haber llegado demasiado pronto —dijo Jaycee con toda tranquilidad, tomando los periódicos del suelo.

—No... soy yo el que ha llegado... un poco tarde —tartamudeó Simón.

Su nerviosismo era más embarazoso que un apartamento descuidado o que mirarla como un marinero con un permiso de fin de semana. Para una mujer como Jaycee Richmond, más adorable y sexy que cualquier otra mujer que hubiera conocido nunca, él no era más que una imagen que necesitaba restauración. Si pudiera recordar eso, en lugar de tartamudear y ponerse colorado como un adolescente, las cosas irían mucho mejor.

— ¿Me lo da? —preguntó Jaycee, señalando el cubo.

—Ah, sí, claro —murmuró él, perdido como estaba en sus pensamientos. Jaycee dejó el cubo en el descansillo, cerca de la puerta y se volvió hacia él. Para entonces, Simón casi se había convencido a sí mismo de que estaba suficientemente tranquilo como para discutir los detalles del cambio de imagen. Tenían un trabajo que hacer y no podrían hacerlo si seguía pensando en ligeros de seda y labios deseables.

Profesionalidad, se dijo a sí mismo. Esa era la palabra clave.

— ¿Sigo por el pasillo?

—Ah, sí, claro. Por favor, vamos al salón —indicó él con la mano.

— ¿Quiere que lo hagamos sobre esa mesita? —preguntó Jaycee inocentemente. Un pensamiento que nadie se atrevería a poner por escrito dejó a Simón sin aliento—. ¿No estaríamos más cómodos en el sofá?

Ella no lo estaba ayudando nada.

Pasando a su lado para que no viera que se había ruborizado, Simón entró en el comedor.

—Aquí estaremos mejor.

Tenía que poner distancia entre ellos si quería mantener la cabeza en su sitio. Jaycee dejó su bolso sobre la mesa y sacó un montón de fotografías. Cuando se inclinó para colocarlas, su falda se levantó por detrás y Simón vio lo que no debería haber visto... el borde de sus medias negras.

Estupendo. Se sentía tan profesional como un niño de catorce años mirando el dormitorio de las chicas por el ojo de la cerradura.

—Ya está —anunció ella entonces. Y su sonrisa le robó el poco sentido común que le quedaba—. Simón Hawthorne, prepárese porque va a quedarse de una pieza.

Capítulo Tres

Eliza Doolittle empezó siendo una simple florista, pero cuando el profesor Higgins y el coronel Pickering terminaron su trabajo, era tan refinada como una dama de la mejor sociedad inglesa —estaba diciendo Jaycee—. Incluso la tomaron por una princesa.

Gracias a Internet, un rotulador y algunas fotografías de sus archivos, había conseguido reunir lo que esperaba fuera una idea convincente. El nerviosismo de Simón parecía haber desaparecido y estaba apoyado en el respaldo de la silla, con los brazos cruzados y las piernas estiradas bajo la mesa. El rubor que había coloreado sus masculinas mejillas también había desaparecido, pero a Jaycee su timidez le parecía enternecedora. Había vivido toda su vida a la sombra de hombres muy seguros de sí mismos. Demasiado. Y Simón era como un soplo de aire fresco.

Jaycee había puesto el ejemplo de *My Fair Lady* sobre la mesa y, a continuación, le mostró las siguientes fotografías.

—Norma Jean Baker se convirtió en Marilyn Monroe. La voz susurrante, el cuerpo de diosa y el pelo de color platino fueron creados por Norma Jean como parte de su nueva personalidad.

—Puede que diga una obviedad, pero Eliza Doolittle es un personaje de ficción y Marilyn era una mujer inestable que acabó suicidándose. Y las dos eran mujeres —dijo entonces Simón.

—Nadie sabe exactamente qué le pasó a Marilyn —argumentó ella, sonriendo—. Pero podemos hablar de hombres. Reginald Dwight fue en su momento un tranquilo jovencito con mucho talento para el piano.

— ¿Y quién es Reginald Dwight? Jaycee apartó el montaje de Marilyn— Norma Jean y le mostró una fotografía de Elton John con sus mejores galas.

Simón frunció el ceño.

— ¿Quiere que me ponga unas gafas de diamantes y zapatos de plataforma?

—No. Usted necesita algo más conservador —dijo Jaycee, sin dejar de sonreír.

Simón emitió un sonido incomprensible. Podría ser de asentimiento o desaprobación, no estaba segura. Pero siguió dándole ejemplos de cambios radicales. Después, sacó un catálogo de moda masculina y la fotografía de un modelo guapísimo con un cuerpo que podría ser el de Simón... cuando no estaba encorvado.

Simón tomó la fotografía del modelo y la miró con atención, colocándose las gafas sobre el puente de la nariz, en un gesto que a Jaycee empezaba a resultarle familiar.

— ¿Cree que puede conseguir que yo tenga este aspecto? —preguntó, incrédulo—. Señorita Richmond, nadie tiene tanto dinero.

Jaycee colocó la fotografía junto a las demás.

El asunto del dinero era espinoso. Había pensado en ello mientras se dirigía a su apartamento y decidió que sería mejor hacerle creer que era una profesional acostumbrada a discutir honorarios y no una profesional frustrada por el machismo de sus hermanos. Simón tenía que confiar en ella. Si sospechaba que era la primera vez que hacía aquel trabajo, quizá no se atrevería a seguir adelante con la transformación.

—No voy a cobrarle nada. Pero le dije que podríamos ayudarnos el uno al otro y sus consejos financieros me vendrían muy bien.

Él la miró, sorprendido.

—Yo soy contable, señorita Richmond. No un asesor financiero.

—Pero supongo que sabe mucho sobre inversiones y yo necesito aprender cómo funciona la bolsa —mintió Jaycee descaradamente. Si él supiera que era licenciada en dirección de empresas...

Simón se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—La bolsa es un asunto muy serio, señorita Richmond. Invertir dinero no es cosa de niños y...

—Jaycee —lo interrumpió ella—. Si vamos a trabajar juntos, será mejor tutearse.

— ¿Jaycee es tu nombre de verdad?

—En realidad, me llamo Jocelyn Camille —contestó ella, inclinándose sobre la mesa para reunir las fotografías. Al hacerlo, rozó el brazo de Simón sin querer y sintió la misma agitación que había sentido cuando le dio la mano. Pero aquella vez, fue como un temblor que le llegó hasta el abdomen.

Debía ser hambre, pensó. Tenía que serlo porque no había cenado.

—Jocelyn es un nombre muy bonito.

—Gracias —murmuró Jaycee, guardando las fotografías en el bolso—. Pero a mí no me gusta mucho.

Simón sonrió y ella se encontró mirando aquella sonrisa con cara de tonta.

—A mí tampoco me gusta el mío. Me llamo Simón Theodore.

—Qué nombre tan serio.

Había estado con él durante una hora y no había visto nada del contable antipático y aburrido que lo acusaban de ser. Al contrario, Simón le parecía monísimo y adorable.

— ¿Te apetece una copa de vino? —preguntó él entonces—. He comprado... bueno, había pensado que quizá... —siguió, metiéndose las manos de nuevo en los bolsillos del pantalón.

—Me encantaría tomar una copa.

—Estupendo.

El alivio en su rostro era tan patente que Jaycee tuvo que sonreír. Simón se irguió, postura que debería conservar siempre, y fue a buscar el vino.

— ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —preguntó Jaycee, mirando alrededor.

—Unos seis años —contestó él, desde la cocina.

— ¿Seis años?

Eso sí que era una sorpresa. Además de una estantería con libros, una colección de sellos, una mesa y un sofá, no había mucho en aquel

apartamento que pudiera darle una idea de cómo era Simón bajo aquel exterior... un poco anticuado. Una mirada rápida a sus discos compactos le dijo que tenía un gusto tan variado en música como el suyo propio. Pero su apartamento estaba lleno de cosas, desde objetos que había comprado en sus viajes a recuerdos de su infancia. La casa de Simón era impersonal, como un piso piloto. Él volvió un minuto después y le ofreció una copa.

—No soy un experto, pero me han dicho que este es un buen vino. Espero que te guste.

Jaycee tomó un sorbo.

—Es muy rico —murmuró—. ¿Puedo ver tu armario?

— ¿Por qué? —preguntó Simón, encorvándose un poco, como era su costumbre.

—Para hacer un inventario. Tengo que ver si podemos salvar algo de tu ropa.

— ¿Cuánto va a costarme el nuevo vestuario?

—Primero debo ver lo que tienes.

Jaycee lo siguió hasta el dormitorio, sintiéndose incómoda sin saber por qué. No era la primera vez que entraba en el dormitorio de un hombre. Aunque tampoco lo hacía a menudo, como Fiona solía recordarle.

Ella era una profesional. Estar a solas con un hombre en su dormitorio, frente a una enorme cama, no debería ponerla nerviosa.

—A mí me gustan las cosas sencillas —dijo él, mientras Jaycee miraba el cuadro que estaba colgado sobre la cama—. ¿Te gusta?

—No estoy segura. ¿Cómo se llama? —preguntó ella, rezando para que se refiriese al cuadro y no a la cama.

—Etudes. Es un cuadro erótico de la colección moderna de Picasso.

— ¿Eres un aficionado o un coleccionista?

—Esta reproducción era de mi abuela —contestó Simón—. Ese es el armario.

—Vamos a ver lo que tienes... —murmuró Jaycee, dejando la copa sobre la cómoda para echar un vistazo al organizado armario. Había una docena de camisas blancas de manga corta, otra docena de camisas blancas de manga larga. Debajo de las camisas estaban los pantalones, tres negros, tres grises y dos azul marino. El tercer par de pantalones azules lo llevaba puesto—. No hay mucho donde elegir —dijo, cerrando la puerta—. Si tienes planes para mañana, cancelalos. Vamos a ir de compras.

— ¿De compras? No me gusta ir de compras —protestó él.

—Ya me lo imagino, pero tu armario es un desastre. Quieres una nueva imagen, ¿no?

Simón se miró a sí mismo y después a ella.

— ¿Qué pasa con mi ropa? Es perfectamente...

«Perfectamente aburrida», pensó ella.

—No pasa nada con tu ropa. Es que no... no... —empezó a decir Jaycee. No quería ser grosera, pero tenía que decirle la verdad—. Simón, tu gusto en ropa no es muy favorecedor.

Él la miró, sorprendido.

—Llevo años vistiéndome así.

—Por eso —replicó ella, tomándolo de la mano para colocarlo frente al espejo—. Mírate y dime lo que ves.

— ¿Qué?

—Que te mires y digas lo que ves.

—A mí.

—Ya, bueno. ¿Y qué aspecto crees que tienes?

— ¿Me parezco al protagonista de La venganza de los Empollones?

Jaycee dejó escapar un suspiro. Aquel hombre era imposible.

— ¿Quieres saber lo que yo veo? —preguntó, quitándole las gafas. Después de hacerlo, dio un paso atrás y se quedó mirando los ojos más verdes que había visto nunca. Tenía los pómulos altos, la nariz recta y un

mentón cuadrado en el que no se había fijado hasta aquel momento—. Yo veo mucho potencial.

Pero mucho, mucho. Eso no lo dijo, claro.

Simón se acercó al espejo.

— ¿Quieres saber lo que veo yo?

— ¿Qué?

—Muy poco sin mis gafas.

— ¿Por qué no te pones lentillas?

—No, gracias. No me gusta meterme el dedo en el ojo.

Jaycee le devolvió sus gafas.

—Pues necesitas unas gafas nuevas. Más modernas.

—Más modernas, ¿eh? —suspiró él.

Simón Hawthorne era un hombre con enorme potencial. Un diamante en bruto. Y Jaycee estaba decidida a hacerlo brillar.

—Espera un momento... —murmuró, sacándole la camisa del pantalón.

— ¿Qué haces? —preguntó él, atónito.

Jaycee estaba desabrochando la camisa Para ver lo que había debajo. Tenía que saber con qué «material» estaba trabajando... y si era tan prometedor como parecía—. Calla. Estoy pensando.

Simón intentó apartarse, pero ella no se lo permitió. No había pasado años lidiando con dos hermanos mayores para nada.

— ¡Me estás desnudando!

Jaycee dejó escapar un suspiro.

—Esto no va a funcionar —murmuró, cuando vio la camiseta que llevaba bajo la camisa.

—Yo podría habértelo dicho.

—Tú déjame hacer —murmuró ella, volviéndose hacia el armario.

— ¿Qué estás buscando?

—He visto una cosa que... ¡aja! —exclamó Jaycee, poniéndose de puntillas para tomar unos pantalones vaqueros que había visto en la balda superior—. Quiero bajar esto...

Jaycee tiró de los pantalones pero volcó una cajita que había sobre ellos y, de repente, cientos de papelitos cayeron volando a su alrededor. Sin pensar, dio un paso atrás y, de repente, escuchó una exclamación mientras sentía que un líquido frío le caía por la espalda.

Simón intentó sujetarla por la cintura, pero seguía teniendo la copa en la mano y, al final, los dos cayeron al suelo. En silencio, Jaycee vio cómo los trocitos de papel se pegaban a su blusa empapada.

Intentó moverse, pero algo duro como una piedra la sujetaba. Un gemido escapó de su garganta cuando se dio cuenta de que era la pierna de Simón.

Y, a pesar de que Simón Hawthorne era un cliente, el escalofrío que la recorrió no tenía nada de profesional.

Capítulo Cuatro

Jaycee miró el techo de la habitación de Simón, preguntándose qué había pasado. Un minuto antes estaba intentando tomar unos pantalones vaqueros del armario y, en aquel momento, estaba tirada en el suelo con un hombre que tenía una pierna encima de ella.

— ¿Te encuentras bien?

La profunda voz de Simón, mezclada con el calor de su aliento en el cuello, hizo que Jaycee sintiera un escalofrío. Una sensación muy agradable en realidad, si no se hubiera dado cuenta de que su trasero estaba apretado contra una parte masculina muy interesante.

—Creo que sí —murmuró. La que no estaba bien era la blusa. Tenía manchas de vino por todas partes y había varios sellos pegados a la parte delantera. Menudo cuadro— ¿Qué ha pasado?

—Que has resbalado —dijo él, sin apartarse.

Jaycee intentó moverse, pero Simón se lo impidió.

—No te muevas —murmuró con voz tensa.

— ¿Y qué quieres que hagamos? No podemos quedarnos así para siempre.

Una pena, desde luego.

—Tienes razón. Pero muévete con cuidado. Algunos de esos sellos valen mucho dinero.

—Ya, claro.

Jaycee tuvo que resistir la tentación de decirle que si eran tan importantes, no deberían estar metidos en una caja en el armario. Pero no lo dijo y se limitó a intentar apartar la larga y musculosa pierna de Simón.

El sonido que escapó de la garganta del hombre no le pareció un signo de preocupación por sus sellos sino, más bien, un gemido incontenible por la fricción de su trasero sobre aquella interesante parte masculina.

Conteniendo el aliento, Jaycee sintió el calor de los dedos masculinos a través de la ropa mientras la apartaba con delicadeza.

Y su temperatura aumentó varios grados.

Curiosamente, en lugar de levantarse, Simón se quedó en el suelo y mantuvo la cabeza de Jaycee sobre su hombro. Ella dejó escapar un suspiro al observar de cerca las facciones del hombre.

— ¿Seguro que estás bien? —preguntó él en voz baja.

Ninguno de los dos parecía pensar en lo absurdo de la situación.

—Creo que sí —murmuró Jaycee, quitándose un sello de la blusa—. Toma, esto es tuyo.

Simón sujetó el sello entre dos dedos.

—Esto es un error.

—Un accidente, más bien —murmuró ella, preguntándose por qué sentía aquel loco deseo de enredar los brazos alrededor de su cuello y besarlo hasta que se le cayeran las gafas al suelo.

—Me refiero a esto —dijo Simón, mostrándole el sello—. ¿Ves algo raro en el dibujo?

— ¿El dibujo de qué?

A Jaycee le daba igual lo que le pasara al sello. ¿Qué estaban haciendo en el suelo, ella con la cabeza sobre su hombro, en su dormitorio?

¿Qué le estaba pasando? Se suponía que era su asesora de imagen, no su... amante.

—Mira el semáforo —insistió él.

—La luz roja está abajo, no arriba. ¿Eso lo convierte en un sello valioso?

Simón se incorporó y la ayudó a levantarse. Después, sin soltar su mano, la llevó hacia la cama. Como hipnotizada, Jaycee lo siguió y se quedó mirando aquellos ojos verdes en los que podría perderse si no tenía cuidado.

Y debía tener mucho cuidado.

Él se inclinó y le quitó otro sello de la blusa.

—En este caso, no —murmuró, mirando su boca.

— ¿Qué caso?

Jaycee tragó saliva, intentando seguir la conversación.

¡Sellos! Estaban hablando de sellos.

—Este sello italiano es raro —explicó Simón, quitando otro sello que estaba peligrosamente cerca de su pecho—. Hay un sello francés de la misma época y tiene mucho más valor. Solo existe uno en el mundo.

«Respira, Jaycee, respira», se decía a sí misma.

— ¿Uno solo? —preguntó, sin saber lo que decía. Algo estaba pasando. Una tensión que, quizá, si pensaba mucho, podría tener que ver con la imagen. Pero era una imagen de ella y Simón compartiendo la posición horizontal. Una imagen de lo más inconveniente.

¿Qué le estaba pasando?, se preguntó de nuevo. Las mujeres de la familia Richmond no se volvían locas por los hombres. Ella no se volvía loca por los hombres. Tenía objetivos en la vida y ninguno de ellos incluía babear mirando unos ojos verdes que correspondían a un cliente, su primer cliente, además.

Una pena que sus pensamientos en ese momento no tuvieran nada que ver con el trabajo y sí con... ciertas otras cosas en las que no debería pensar.

Allí estaba ocurriendo algo, algo que tenía que ver con la curiosidad y el deseo. Y con besos. De esos que la dejan a una sin aliento. De esos que le roban a uno la vida.

—Francés —repitió él.

Aquella sencilla palabra, «francés», hizo que cualquier resquicio de pensamiento profesional se fuera por la ventana.

— ¿Francés? —dijo Jaycee, sin voz.

Sin darse cuenta, se pasó la lengua por los labios. No lo había hecho como una invitación, pero cuando Simón inclinó la cabeza, ignoró todos los signos de advertencia y optó por levantar la cara y satisfacer una curiosidad

que la estaba matando. Sin dejar de mirarla a los ojos, él se quitó las gafas y las dejó sobre la cama.

—Francés —repitió, con una voz tan suave y masculina como el cachemir. E igual de tentadora.

Sus labios eran cálidos y suaves, pero exigentes. Su lengua sabía un poco al vino que habían tomado antes, pero era mucho más embriagadora.

Ella no era una novata besando, pero Simón Hawthorne era algo especial. Una sensación salvaje la recorrió entera. Cuando él tomó su cara entre las manos, aquellas manos tan grandes y masculinas, Jaycee enredó los brazos alrededor de su cuello y decidió dejar la mente en blanco.

Simón la tumbó sobre la cama. Su firme torso se apretaba contra sus pechos y ella respondió de una forma desvergonzada, empujando las caderas hacia arriba, hacia la erección que sentía sobre su muslo.

Simón Hawthorne era un hombre al cien por cien, un hombre que la hacía deseárselo como no había deseado a nadie. Si estuvieran librando una batalla, Jaycee se rendiría por completo.

Las sensaciones que la recorrían eran tan complejas que no podía pensar. Su vientre ardía de tal forma que extendía aquel ardor por sus miembros, haciéndola sentir calor y frío al mismo tiempo.

No podían seguir besándose de esa forma. Pero sentir la boca de Simón sobre la suya era como estar en el cielo. Tenía que detener aquello. Estar besando a un cliente tumbada sobre su cama no era una actitud muy profesional.

Usando el poco sentido común que le quedaba, Jaycee apoyó la palma de la mano sobre su pecho y lo empujó. Él la miró, confuso. Pero, además de confusión, en su mirada había algo más, algo muy interesante... deseo, ternura, fascinación.

— ¿Qué? —preguntó Simón. Jaycee dejó escapar un suspiro—. Tendrás que darme una respuesta mejor —sonrió él entonces, besándola en el cuello.

Lo único que Jaycee pudo hacer fue ahogar un gemido. Era imposible. No podía apartarse de él. Cuando Simón empezó a deslizar la lengua por su garganta, se quitó los zapatos y empezó a acariciar la pierna del hombre.

¿Qué estaba haciendo? Se comportaba como una profesional, desde luego, pero una que parecía esperar una generosa propina cuando terminara el trabajo. Y no era la clase de profesión que se estudia en la universidad.

—Simón... —consiguió decir, casi sin voz—. Tenemos que parar.

«Muy convincente, mona», pensó. «Ya puesta, podrías haberle gritado: tómame ahora mismo, semental».

—Sí, es verdad —murmuró él sobre su boca.

—Esta no es la clase de imagen que quiero dar de ti.

En aquel momento, no se le ocurría que la imagen de Simón tuviera un solo fallo. Sin los pantalones anticuados, aquel hombre era perfecto. Pero mejor sería no pensar en él sin los pantalones. Era una depravada sexual.

Simón empezó a hacerle cosas en la oreja y Jaycee tembló en sus brazos como la ninfa lasciva en la que se había convertido de repente.

—A mí me gusta esta imagen.

—Hablaba como una profesional de la imagen —dijo Jaycee con lo que esperaba fuera su tono más serio.

Si alguien le hubiera dicho que el contable de gafas y pelo engominado iba a conseguir que se derritiera por dentro, no lo habría creído nunca.

Jaycee empezó a acariciar el borde de su camiseta. Quizá su conciencia tenía razón. Quizá solo era una depravada. En el fondo. Porque no podía recordar la última vez que había salido con un hombre. Pero con Simón creando aquellas sensaciones dentro de ella, ¿qué más daba?

Antes de que su conciencia pudiera detenerla, metió la mano por debajo de la camiseta para explorar su torso mientras con la otra mano acariciaba su pelo.

Y cuando frotó sus dedos, notó que estaban pringosos...

—Simón. Para.

Él suspiró, frustrado.

— ¿Estás segura?

—Estoy segura —contestó ella, frotando sus dedos de nuevo.

A regañadientes, Simón se apartó.

Jaycee se levantó de la cama y se concentró en quitarse los sellos de la blusa, mientras intentaba ignorar la excitación que le habían producido los besos del hombre. La situación era realmente de película. Después de dejar los sellos sobre la mesilla, se volvió para mirarlo. Y se le hizo un nudo en el estómago. Antes de perder la cabeza de nuevo, tomó a Simón de la mano y lo llevó al cuarto de baño.

—Necesito mis gafas —dijo él. Su voz sonaba tan ronca y temblorosa como la suya propia.

Aunque lo que acababan de hacer hubiera sido muy poco profesional, saber que Simón estaba tan excitado como ella la hacía sentirse orgullosa.

—No las necesitas —dijo Jaycee, encendiendo la luz.

— ¿Qué vas a hacer?

—Ponte de rodillas, Hawthorne —contestó Jaycee, señalando la bañera.

La sonrisa que iluminó el rostro del hombre podría haber sido descrita como lasciva. Pero antes de que él siguiera pensando lo que no debería seguir pensando, Jaycee abrió el grifo.

— ¿Qué estás haciendo? —exclamó Simón cuando ella empezó a mojarle la cabeza.

—Quitarte esa gomina. Es hora de cambiar tu imagen —contestó Jaycee, tomando el champú—. Y yo diría que estás preparado para un cambio total.

Capítulo Cinco

Simón podía pensar en muchas partes de su cuerpo donde querría que Jaycee pusiera las manos. O, mejor aún, partes en las que le rogaría que pusiera las manos. Pero que le metiera la cabeza bajo el agua para lavarle el pelo no estaba en su lista.

Quizá ella era fetichista del champú.

Aunque, en realidad, no estaba seguro de qué había esperado que ocurriera después de besarla. ¿O había sido ella quien lo había besado? Daba igual. Lo único que importaba era que volvieran a hacerlo. Muchas más veces.

Después del champú, Jaycee le puso crema suavizante y empezó a masajear su cuero cabelludo.

De repente, se alegraba de estar inclinado sobre la bañera, donde ella no podía ver cómo estaba disfrutando del masaje.

El presidente de Eaton y Simms podría llamarlo aburrido, pero Simón nunca había sido un monje, aunque empezaba a sentirse como tal. ¿Podría alguien que no fuera un monje excitarse tanto porque una mujer le lavara el pelo?

Desde luego, no se había acostado con tantas mujeres como sus compañeros de universidad, pero tenía cierta experiencia con el sexo opuesto. Aunque no fueran ni la mitad de guapas que Jaycee y nunca le hubieran lavado el pelo, eran mujeres al fin y al cabo. La única diferencia entre ellas y Jaycee era que ninguna lo había vuelto loco con un par de besos.

¿Un par de besos? Había sido mucho más que eso.

— ¿Has dicho algo? —preguntó Jaycee entonces.

—Que huele bien —murmuró él, sin apartar los ojos de la bañera.

— ¿Qué huele bien?

—El champú —contestó Simón. Mentira. Lo que olía bien era el perfume de Jaycee.

Ella le aclaró el pelo y después le puso una toalla sobre la cabeza.

—Ven —dijo, tomándolo de la mano para sentarlo sobre un taburete.

Jaycee siguió hablando mientras le secaba el pelo, pero Simón no entendió una palabra. La escena le recordaba una escena del pasado. Era algo que había ocurrido con su madre. Un recuerdo feliz, antes de que su desaparición le partiera el corazón, a los seis años.

Jaycee tenía mucho en común con Elena Hawthorne. Su madre había sido extravertida, simpática y preciosa. Jaycee era todo lo que él no era, como su madre había sido todo lo que no era su padre, Steven Hawthorne. Y todo lo que Simón sabía que él no podría ser. ¿En qué había estado pensando? Aunque Jaycee y él hubieran experimentado un intenso y asfixiante deseo, no estaban destinados a casarse y tener una docena de hijos. No iban a vivir felices para siempre a las afueras de Seattle solo porque sus labios se habían unido.

Imposible. Jaycee era su asesora de imagen. Solo eso. Y la realidad no tenía nada que ver con sus calenturientas fantasías.

—Espero que entiendas —estaba diciendo ella en ese momento, mientras buscaba algo debajo del lavabo. Pero lo único que Simón entendía era que tenía un trasero precioso. Y tuvo que hacer un esfuerzo para no acariciarlo—. No es nada personal. Besarnos...

Había sido una experiencia religiosa.

— ¿Sí?

— ¡Aquí está! —exclamó Jaycee, mostrándole un secador—. Besarnos ha sido... una distracción y eso es algo que ninguno de los dos necesita en este momento.

—Ya.

No sabía si ella lo necesitaba, pero a él le irían bien un par de distracciones de ese tipo. Jaycee enchufó el secador, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Los dos tenemos objetivos —continuó, subiendo la voz para hacerse oír mientras le secaba el pelo. Pero el tema de su charla no resultaba muy

interesante para Simón. Sobre todo porque lo que tenía justo delante de la cara era algo que volvería loco a cualquier hombre con sangre en las venas.

Jaycee respiró profundamente y el corazón de Simón se paró durante una fracción de segundo. Sus pechos se marcaban seductoramente bajo la tela de su blusa manchada de vino. Tenía intención de comprarle una nueva pero, por el momento, estaba decidido a dejar que le diera una charla, siempre que siguiera respirando justo delante de su cara.

— ¿Qué?

—Necesitas que el presidente de tu empresa te vea como un hombre moderno y cordial. Y ese es también mi objetivo, pero... nos hemos dejado llevar como dos adolescentes. Ha sido un momento de debilidad.

Aquello sí llamó su atención.

— ¿Un momento de debilidad? —repitió él.

Jaycee apagó el secador y lo dejó sobre la repisa del lavabo mientras buscaba un peine.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Incluso sin gafas, Simón podía ver que ella se había puesto colorada.

—No lo sé —murmuró. Por supuesto que sabía lo que quería decir, pero le encantaría oír cómo lo explicaba—. ¿Un momento de debilidad?

Simón se pasó las manos por el pelo. Había quedado suave al tacto y muy agradable. Como tenía tendencia a ignorar el despertador por la mañana, ponerse gomina se había convertido en una necesidad para parecer medianamente peinado.

—Un momento de debilidad, sí.

— ¿Qué piensas?

Jaycee se tomó unos segundos para contestar.

— ¿A qué te refieres, al pelo o... a la debilidad?

—A la debilidad.

—Eso da igual, Simón. Los dos somos adultos y vamos a llevar a cabo un trabajo porque los dos somos profesionales.

—Lo sé, Jaycee. Pero besarte ha sido...

—Un error —lo interrumpió ella, desenchufando el secador.

—Yo iba a decir que ha sido muy excitante.

La charla sobre mantener una relación estrictamente profesional no había servido de nada. Aparentemente, Simón Hawthorne estaba decidido a tirar la profesionalidad por la ventana y dejar que muriera violentamente.

— ¿Excitante?

Simón asintió con la cabeza, dando un paso hacia ella. ¿Profesionalidad? A la porra con ella. Estaba a punto de perder la cabeza otra vez con tal de saborear de nuevo sus labios.

—Mucho —murmuró, acariciando su cuello.

—Oh.

— ¿Puedes negarlo?

Jaycee cerró los ojos y Simón rezó para que no los abriera. Quería que ella dejara de lado su faceta profesional de una vez por todas.

—Claro que no. Solo intentaba decir que nos estamos equivocando.

— ¿Por qué?

Jaycee no podía creer que estaba cayendo en la trampa una segunda vez. Simón era su cliente, no su...

—Atracción sexual —dijo, sin pensar.

— ¿Te sientes sexualmente atraída hacia mí?

—Sí —contestó ella, con sinceridad. Al principio, le había parecido muy atractivo, pero en aquel momento, después de quitarle varias capas, lo encontraba fascinante—. Bueno, yo no —se corrigió entonces—. Lo que quiero decir es que las mujeres pueden encontrarte sexualmente atractivo.

Simón dio otro paso hacia ella. Estaban muy cerca, demasiado cerca.

— ¿Besándome?

La pregunta había sonado como una exigencia. Una exigencia a la que su cuerpo le ordenaba que respondiera.

—Por ejemplo —murmuró, mirando los ojos verdes.

— ¿Hay más formas?

Jaycee no encontraba ni un gramo de sarcasmo en sus ojos y, sin embargo, seguía pensando que aquello era una trampa para... ¿para qué? Si se acercaban un poco más, se atravesarían el uno al otro.

—Claro que hay más —contestó, dando un paso atrás—. Pero no vamos a hacerlo —le recordó entonces con firmeza.

—Qué pena —murmuró Simón, dejando caer las manos.

A pesar del pedazo de hombre que Jaycee estaba empezando a descubrir tras la fachada de Simón Hawthorne, esa postura un poco encorvada demostraba su falta de confianza en sí mismo. Ella, muy lista, salió del cuarto de baño. E inmediatamente procedió a quedarse mirando la cama revuelta con ojos de anhelo.

—Simón... —empezó a decir, dirigiéndose hacia terreno neutral, el salón—. El atractivo sexual es algo más que saber besar a una mujer hasta que se derrita por dentro.

Jaycee tomó el bolso de la mesa y se lo colocó al hombro. Era el momento de salir corriendo para evitar males mayores.

— ¿He hecho que te derritieras por dentro?

—Sí —contestó ella. Simón sonrió—. Pero eso da igual. Lo que importa es que además de parecer un profesional moderno, tienes que comportarte como tal.

Simón no dejó de sonreír. Aquella no era la reacción que Jaycee esperaba.

— ¿Y hacer que te derritas puede convertirme en un profesional de verdad?

—Esa no es una opción, Simón.

La sonrisa desapareció.

— ¿Por qué no?

«Porque eres un medio para llegar a un fin».

«Porque, si dejo que me distraigas, le probaré a mis hermanos que soy solo una mujer cuyas emociones están por encima de su sentido del negocio». A pesar de esos pensamientos, el deseo de besarlo hasta que volviera a derretirse entre sus brazos era abrumador. Aquello no estaba funcionando.

—Porque no es profesional —contestó por fin, dirigiéndose hacia la puerta. Si no salía de allí inmediatamente, haría lo que su cuerpo le pedía a gritos... enredar los brazos alrededor del cuello de Simón y no soltarse nunca—. Vendré a buscarte mañana a mediodía. Y guarda tus tarjetas de crédito en la cartera porque vamos de compras.

Simón se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se encorvó un poco.

— ¿Tenemos que hacerlo?

—Tienes que cambiar de imagen y la ropa es fundamental. Cuando haya terminado contigo, no solo tendrás un aspecto moderno y profesional sino que el viejo Simón Hawthorne habrá desaparecido por completo.

Después de eso, Jaycee salió del apartamento. Ni respirar profundamente la brisa marina, ni la orden que le dio a su corazón para que dejara de latir acelerado podían quitarle peso a la verdad que acababa de descubrir aquella noche y que la había pillado desprevenida.

Cuando había aceptado a Simón Hawthorne como cliente, lo último que había esperado era encontrar a un hombre que, un poquito pulido, podría convertirse en el hombre perfecto para cualquier mujer.

Incluso para ella.

Capítulo Seis

Jaycee miraba una revista de moda mientras esperaba que Simón saliera del probador. Aquella era la cuarta tienda que visitaban y, afortunadamente, la última. Simón estaba bastante más que irritado mientras entraba en el probador para probarse otro traje. Había murmurado algo sobre una factura más grande que la deuda nacional y Jaycee había sonreído, ignorando el comentario.

Cuando fue a buscarlo a mediodía, una parte de ella esperaba que siguiera siendo el hombre que había conocido el primer día, su cliente. Pero no había podido evitar un escalofrío de emoción al verlo. Llevaba otra camisa blanca de manga corta y pantalones azules, pero se había quitado la corbata y no llevaba gomina. Su pelo negro, brillante y suave, era una tentación y Jaycee había tenido que hacer un esfuerzo para no apartar el flequillo de su frente.

Pero tenía que concentrarse en Simón, el cliente, en lugar de Simón, el hombre.

Simón el hombre la había mantenido despierta durante casi toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba los besos sobre la cama y el momento en que la miró como si para él fuera un tesoro más importante que su colección de sellos.

Una tontería, desde luego. Acababan de conocerse. Ni siquiera se conocían, en realidad.

Sería mejor concentrarse en Simón, el cliente, para dejar de estar en las nubes y llevar a cabo su objetivo profesional: que sus hermanos la tomaran en serio como asesora de imagen.

Tenía que controlar sus emociones. No podía decirle a Rick y Dane: «Simón Hawthorne es mi cliente y, por cierto, tenemos una relación sentimental».

Tenía que ponerse seria y dejar de pensar en besar a Simón por todas partes.

Pero concentrarse en el objetivo profesional habría sido más fácil si no hubiera elegido que la primera parada fuera la óptica. Con las gafas de

pasta que escondían en parte sus facciones, colocar a Simón en la categoría de cliente habría sido más sencillo. Pero después de la óptica habían ido a la peluquería y pensar en Simón como cliente empezaba a resultarle sencillamente imposible. Porque lo único que deseaba era mirar sus ojos, pasar la mano por su pelo...

Jaycee dejó escapar un suspiro y dejó la revista sobre la mesita de cristal. No podía evitarlo. Simón, el hombre, la estaba convirtiendo en una obsesa sexual. Ni ella ni sus sentidos estaban preparados para el impacto de aquella metamorfosis.

Sin las gafas de pasta, sus ojos verde esmeralda destacaban de una forma insultante. Su mentón parecía más cuadrado, sus pómulos más altos con aquellas gafas ligeras y casi invisibles. Y aquel corte de pelo...

Desgraciadamente, su fascinación con Simón no terminaba allí. Quizá era ella quien necesitaba gafas, pero podría jurar que, después de visitar cada tienda, salía convertido en otro hombre. Y cada vez, su idea de mantener solo una relación profesional se hacía más borrosa. Unos minutos después, Jaycee sacudió la cabeza, incrédula. El hombre que salía del probador no podía ser Simón, su cliente. Un cliente que aumentaba su temperatura hasta niveles preocupantes.

—No me convence —murmuró él, inseguro—. Esto cuesta mucho dinero y no sé si voy a ponerme un esmoquin alguna vez.

— ¿Simón?

Que él la mirase con aquellos ojos verdes no era razón para que se le hiciera un nudo en el estómago, pensó.

—Dime otra vez para qué necesito un esmoquin —insistió Simón, mirando la etiqueta del precio.

Jaycee se levantó y lo miró, incrédula. Era Simón.

— ¡Es increíble! —exclamó—. ¡Estás guapísimo!

Cuando él sonrió, el nudo que tenía en el estómago se convirtió en un nudo marinero.

—Eso no responde a mi pregunta.

Ella seguía mirándolo de arriba abajo, perpleja. Había sospechado que tenía un cuerpazo bajo aquella ropa anticuada, pero nada la había preparado para verlo con sus propios ojos.

—Es que es increíble —repitió, acercándose para colocarle la pajarita—. Dicen que la ropa no hace al hombre, así que debes ser tú el que hace que este esmoquin valga millones.

— ¿Y para qué lo necesito?

Jaycee tuvo que disimular una sonrisa.

— ¿No querías cambiar de imagen?

—A este precio, no —contestó Simón, mostrándole la etiqueta—. Soy un contable, Jaycee. No creo que vaya a necesitar nunca un esmoquin.

—Si tu empresa ha decidido cambiar de imagen, es muy posible que tengas que mezclarte con ellos en comidas de trabajo, recepciones y eventos de ese tipo.

Simón la miró, con el ceño fruncido.

—Pero si ya me he comprado media docena de trajes.

—Deja de quejarte —replicó ella, pasando una mano por la manga... para alisar una arruga, no porque quisiera tocarlo—. Estás guapísimo.

Simón volvió a sonreír. El canalla.

—Guapísimo, ¿eh?

El dependiente apareció entonces y lo miró, satisfecho.

—Nos llevamos el esmoquin.

Simón volvió a entrar en el probador, suspirando.

—La imagen no lo es todo, Jaycee —dijo cuando salió.

Se había quitado su antigua ropa y llevaba un pantalón verde oliva y un jersey de cachemir beige. Unos mocasines de ante marrón daban el toque final al moderno conjunto.

— ¿Qué quieres decir?

—Que puedes vestirme como al novio de Barbie, pero eso no va a cambiar quién soy.

Eso era cierto. Pero cuando lo miró de nuevo, se sintió orgullosa. Había hecho algo más que cambiar la ropa de aquel hombre. En lugar del anticuado Simón que había encontrado el primer día, estaba mirando a un hombre al que cualquier mujer encontraría tremendamente atractivo.

Pero había cometido un error de juicio.

Era cierto, la ropa no cambiaba a un hombre por dentro. ¿Qué pasaba con su habilidad para comunicarse con los clientes? ¿Para convencerlos de que invirtieran en la empresa?

Jaycee sonrió. Sabía exactamente dónde llevar a Simón para que aprendiera a relacionarse con la gente. El grupo de amantes de los animales al que solía acompañar a su abuela tras la muerte de su querido mastín, Pietro. Dos meses después, Margo Richmond había declarado resuelta su pérdida pero, por razones que a ella misma se le escapaban, Jaycee seguía acudiendo a las reuniones. Se decía a sí misma que era porque le caía bien la gente del grupo, pero quizá era porque ellos eran los únicos, junto con Fiona, que entendían su frustración por no poder desarrollar su capacidad profesional en la empresa que sus hermanos dirigían.

—Tengo una idea. ¿Por qué no vienes conmigo a una reunión esta noche?

— ¿Qué clase de reunión?

—Un grupo de terapia.

— ¿Qué?

—Tú solo tienes que escuchar y observar.

—Ya —murmuró Simón, sacando una tarjeta de crédito del bolsillo. Iba a pagar una fortuna por un esmoquin que no pensaba ponerse nunca, pero la reacción de Jaycee cuando salió del probador hacía que mereciera la pena.

—Puedes observar cómo los miembros del grupo se relacionan unos con otros —siguió diciendo ella, mientras examinaba unas corbatas—. Te sorprenderás de las cosas que se aprenden sobre la naturaleza humana.

Jaycee tomó una corbata de color azul cielo y la observó detenidamente. Después, la dejó sobre el mostrador.

—Quedará divina con el traje azul.

En la tienda número dos, Simón había aprendido que no valía de nada quejarse, de modo que asintió con la cabeza. No solo porque ella tenía muy buen gusto, sino porque cuando lo miraba con aquellos ojos azules, no podía negarle nada.

—Divina, desde luego.

—¿Vendrás a la reunión? —sonrió Jaycee.

—Supongo que tendré que ir —suspiró él. Al menos, eso no le costaría nada. No tenía ni idea de qué era eso de un grupo de terapia y tampoco quería preguntar. Así que se limitó a firmar el recibo de la tarjeta de crédito.

—Los últimos seis meses han sido muy difíciles. La casa está demasiado silenciosa —estaba diciendo la mujer, secándose las lágrimas con un pañuelo—. Moses y yo estuvimos juntos durante dieciséis años antes de que se lo llevaran de mi lado. Después de Harold, pensé que nunca encontraría a nadie más, pero Dios me dio a Moses.

A pesar del deseo de salir corriendo para no escuchar más dramas personales, Simón sintió que su corazón se encogía por aquella mujer que acababa de perder a su marido. Dos cosas lo mantenían en la silla: que Jaycee le hubiera pedido que participara y que lo mirase con aquellos ojos tan brillantes.

—Siento mucho tu pérdida, Catherine —dijo Lida, la coordinadora del grupo—. Pero recuerda que, muchas veces, las mejores cosas aparecen tres veces en la vida. Estoy segura de que volverás a encontrar la felicidad.

—Nunca encontraré otro Moses —murmuró Catherine.

Antes de salir de la tienda, Jaycee le había dado la dirección del centro donde se reunía el grupo de terapia. Había llegado un poco tarde porque su padre se había empeñado en que cenaron juntos, pero había llegado. Últimamente, su padre se mostraba muy apegado a él, algo extraño considerando el carácter independiente de Steven Hawthorne.

Simón estaba sentado al fondo del salón, desde donde podía observar a la mujer que no había abandonado sus pensamientos desde que se conocieron.

Durante toda la tarde, se había preguntado qué podría hacer una mujer tan segura de sí misma como Jaycee en un grupo de terapia, pero después de escuchar a la mujer que había perdido a su marido, empezó a preocuparse. Aquel grupo se reunía para poder soportar la pérdida de un ser querido. Y Simón no podía soportar la idea de que Jaycee tuviera un ser querido. Que no fuera él.

—Seguramente, no —estaba diciendo Lida—. Pero eso no significa que no puedas volver a encontrar la felicidad, Catherine.

—Todos merecemos ser felices —dijo un hombre.

—Duke tiene razón —sonrió Lida.

Jaycee se levantó de la silla y se dirigió hacia una de las mesas colocadas al fondo del salón. Mientras el grupo continuaba hablando, ella cortó un pastel y empezó a colocar las porciones en platos de papel.

—Era tan agradable darme la vuelta en la cama y encontrar la cabecita de Moses sobre la almohada al lado de la mía —continuó Catherine. Simón se volvió de nuevo hacia el grupo—. Eso es lo que echo de menos. Eso y cómo me abrazaba cada vez que volvía a casa. Moses odiaba estar solo.

Simón sabía mucho sobre la soledad, pero hasta aquel momento no había pensado en ello. No se sentía solo, pero escuchando a aquella gente, se dio cuenta de que tampoco era feliz. Tenía amigos con los que salía de vez en cuando. No eran un grupo de amigos para salir de copas o para jugar al póquer, sino un grupo de intelectuales solteros con intereses parecidos. Pero eso no tenía nada que ver con la clase de relación sentimental a la que Catherine se refería con su querido Moses.

—Mi Prissy era igual —intervino de nuevo Duke—. Se ponía mala cuando la dejaba sola mucho tiempo.

Rupert, un hombre muy alto, sonrió.

—Eso no es nada. La señora Jones se tumbaba en el sofá y, si había estado fuera mucho tiempo, me recibía con un bufido.

—Deberías haberle regañado, Rupert —comentó Lida.

—Es verdad —intervino otra mujer—. A veces, les das la mano y...

—Pero el amor hace que sea muy difícil regañarles —la interrumpió Catherine.

—Georgia, hace tiempo que no cuentas nada. ¿Cómo estás? —preguntó Lida.

Simón se volvió mientras la joven contaba la pérdida de su mejor amiga, Hildy. ¿Se sentiría Jaycee sola alguna vez?

Su padre siempre había dicho que no era lo mismo estar solo que sentirse solo. Elena Hawthorne había muerto cuando él tenía seis años y su padre no había vuelto a casarse. Simón empezaba a preguntarse si se sentiría solo. Quizá era por eso por lo que últimamente lo llamaba tanto por teléfono. Pero que su padre hubiera elegido estar solo no quería decir que él tuviera que hacer lo mismo.

No, pensó, mirando a Jaycee. Simón no quería cometer el mismo error. Él quería encontrar a una persona especial, pero tendría que ser una persona tranquila, sencilla. Lamentablemente, eso excluía a una chica tan vivaz y extravertida como Jaycee Richmond, aunque ella elevara su temperatura hasta alturas insoportables.

Jaycee se volvió entonces. Sus miradas se encontraron y, a pesar de la distancia, vio que sus ojos se oscurecían. ¿Estaría recordando los besos de la noche anterior? ¿Estaría esperando que volviera a besarla? ¿Se habría preguntado cómo sería hacer el amor con él?

Simón sí se lo había preguntado. Muchas veces.

En ese momento, pensó que debería acercarse a ella. Su tarea aquella noche consistía en escuchar al grupo y le parecía haber escuchado suficiente. De hecho, no entendía cómo un montón de viudos y gente que había perdido a sus amigos podía ayudarlo a relacionarse con los demás. ¿No sería mejor hablar con Jaycee?

—Ichabob siempre hacía un ruidito muy gracioso —estaba diciendo Carlotta—. Por eso no me enteré de que tenía un hueso de pollo atravesado en la garganta.

Simón hizo una mueca de perplejidad. Él se había atragantado con un hueso de pequeño y había estado a punto de ahogarse.

— ¿No sabías que no se les puede dar huesos de pollo? —preguntó Catherine.

—Yo no se lo di —explicó Carlotta—. Él lo sacó de la basura por la noche.

— ¿Su marido comía de la basura? —preguntó Simón, atónito—. No me extraña que se haya muerto.

Carlotta lo miró, perpleja.

— ¿Qué está diciendo?

Jaycee apareció a su lado en ese momento.

—Simón, no es lo que tú crees.

Él no le prestó atención. Era increíble que aquel pobre hombre tuviera que comer de la basura. Y que, encima, aquella mujer lo contara tranquilamente era intolerable...

«Simón, no es lo que tú crees...» Simón se puso como un tomate. Acababa de entender. Ichabob no era el marido de Carlotta y Moses no era el marido de Catherine. ¡Eran sus mascotas!

—Perdón. Creo que me he confundido —murmuró antes salir del salón, sabiendo que nunca, jamás, podría ser el hombre que Jaycee quería que fuera.

Capítulo Siete

Simón salió del centro y respiró el aire fresco de la noche. Estaba pensando meterse en el coche y desaparecer. Llamaría a Jaycee al día siguiente para decirle que gracias, pero no. Lo que le estaba pidiendo era demasiado. O, más exactamente, lo que él le había pedido que hiciera era un milagro.

Pero no era un cobarde. Esperaría y se o diría cuando terminara la reunión.

A pesar de la transformación que Jaycee había operado en él, acababa de hacer el ridículo. Y lo peor no era eso, ni saber que nunca podría ser lo que Jaycee quería que fuera. No, lo peor había sido la vergüenza que había visto en sus ojos cuando él metió la pata.

El recuerdo del día que murió su madre o sorprendió entonces. Su padre no le había mentado. Le dijo que había muerto y que no volvería nunca. Después de eso, Steven Hawthorne, un hombre que solo vivía para el trabajo, se había hecho cargo de él y Simón había echado mucho de menos el cariño de su madre.

Había muerto cuando él era un niño, pero la recordaba como una mujer alegre, que reía a menudo, le contaba cuentos e incluso los escenificaba para él.

¿Qué había pasado con ese niño?, se preguntó Simón. ¿Qué había sido de ese niño al que le gustaba escuchar cuentos por la noche, el que jugaba con su madre a caballeros y dragones, el que se creía Sir Simón? Aquel niño charlaba incesantemente y no tenía miedo de nada. Aquel niño reía y saltaba para salvar a la princesa, que era su madre.

Pero la princesa había desaparecido y todo había cambiado. Había dejado olvidadas sus historias de caballeros y dragones en alguna parte y él nunca había vuelto a encontrarlas. Las había dejado atrás como había dejado el corazón roto de su hijo.

Simón suspiró. El pasado era el pasado y no podía cambiarse. Quizá si su madre hubiera sobrevivido al cáncer de mama, habría aprendido a relacionarse mejor con los demás. Criado por un padre que nunca estaba en

casa y por una niñera, había aprendido que lo único importante era el trabajo y la única persona de la que podía depender, él mismo.

Algo que había olvidado hasta aquella noche. Y entonces se dio cuenta de que contratar a Jaycee había sido inútil. Cobarde o no, Simón buscó su coche en el aparcamiento.

—Por favor, no te vayas —escuchó la voz de Jaycee.

Con una mujer tan preciosa como ella pidiéndole que se quedara, ¿qué hombre podría haberse marchado? A pesar de todo, ni siquiera él mismo.

Llevaba el mismo traje de color amarillo que había llevado por la mañana y estaba igual de guapa. La brisa movía su cabello, arremolinándolo sobre su cara.

—Lo siento mucho. Ha sido culpa mía. Creí que...

—Que sabría que este era un grupo de terapia para gente que ha perdido a su mascota —la interrumpió él—. Qué vergüenza.

—No sabes cómo lo siento —murmuró Jaycee, poniendo una mano sobre su brazo.

— ¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Simón, intentando ignorar las sensaciones que el roce de su mano provocaba—. A menos que quisieras darme una clase de humildad. No lo entiendo. Acabo de hacer el ridículo y...

—Lo siento mucho, Simón. Pero no has hecho el ridículo. Esa gente es muy comprensiva y no se dedica a juzgar a nadie —lo interrumpió Jaycee—. Esperaba que te sintieras a gusto con ellos, eso es todo.

—Deberías habérmelo dicho —suspiró él—. He estado observando, pero solo he conseguido meter la pata.

—No tiene importancia, Simón.

«Dile que no va a funcionar», le decía su conciencia. «Dile que ya no necesitas sus servicios». Debería terminar con aquella tontería, pero no podía hacerlo. Si se lo decía, sabía que nunca volvería a verla y eso era algo a lo que no quería arriesgarse. Aunque supiera que las chicas como ella no salían con hombres como él, Simón se sentía incapaz de decirle adiós.

Cuando miró aquellos ojos azules, el cabello castaño rozando su cara... cuando respiró su perfume, lo único que podía pensar era en besarla. Pero, en lugar de tomarla en sus brazos, se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Olvídalo. No es culpa tuya. Debería haberte preguntado.

Jaycee sonrió, más tranquila.

—En realidad, ha tenido gracia.

—Ya —intentó sonreír él—. Y ahora que sé qué clase de grupo de terapia es, ¿por qué no me cuentas qué haces tú aquí?

—El veterinario de mi abuela le aconsejó que viniera cuando perdió a su mastín, Pietro —explicó Jaycee—. Mi abuelo no cree en esas cosas y me pidió que la trajera yo a las reuniones.

— ¿Tu abuela está en ese grupo?

—No. Dejó de venir hace meses.

—Ah —murmuró Simón, confuso—. ¿Tanto querías a su mastín?

—No, tonto —rió ella—. Vengo porque esa gente me cae muy bien.

—Ah, ya entiendo.

—Sé que es un poco raro, pero son importantes para mí. Aunque no te culpo si piensas que estoy un poco loca.

«Dile que no la necesitas», seguía repitiendo su conciencia. «Dile que ya no necesitas sus servicios».

—Cuéntame. ¿Qué tenemos que hacer ahora?

—He estado pensando en eso. Quizá necesitas relacionarte con gente de tu edad. Mañana, una amiga mía va a hacer una barbacoa en su casa y puede ser el sitio perfecto.

Simón la miró, alarmado. Aquello era lo que temía. Con Jaycee se encontraba cómodo, pero con gente desconocida... Sería un desastre.

—No funcionará.

—Claro que sí.

— ¿Cómo lo sabes?

Los ojos de Jaycee brillaron, alegres.

—Mañana en mi apartamento, a las once. Cuando llegemos a casa de Fiona, estarás más que preparado.

— ¿Por qué estás tan segura?

—Confía en mí —sonrió Jaycee, sacando una tarjeta del bolso.

— ¿Y por qué va a ayudarme esto a ser más simpático con los clientes? ¿Qué tienen que ver unos artículos sobre política y deporte con la contabilidad?

Jaycee sabía que él tenía miedo de hacer el ridículo y su plan era cambiar la aprensión por confianza; algo que no estaba segura de poder hacer. Sobre la mesita del salón había un montón de revistas que había comprado aquel mismo día para darle un curso acelerado sobre comportamiento social. Había revistas de deporte, de política y de moda. Incluso una de esas revistas que dan consejos a las mujeres sobre cómo complacer a los hombres en la cama.

Y, aunque dudaba seriamente sobre la veracidad de tales artículos, se preguntó de repente qué pensaría Simón sobre el hielo en el cuello mientras...

Jaycee dejó escapar un suspiro y se obligó a sí misma a concentrarse y dejar de pensar en braguitas comestibles.

—Cuando llegemos a casa de Fiona esta tarde, podrás hablar sobre cualquier cosa, desde deportes hasta la última colección de Armani.

—Eso es mejor que lo de las «diez cosas que no se deben hacer en una cita» —bromeó Simón.

—Pero igual de importante. Este artículo sobre la liga de baloncesto podría ser una forma estupenda de romper el hielo.

—No me gustan mucho los deportes.

— ¿Y este, sobre por qué el Senado no aceptó el plan de reforma de la seguridad social? —insistió Jaycee, buscando el artículo—. Supongo que la política te interesa. Y en los negocios hay que hablar de temas diversos. Hay que saber romper el hielo y salpicar las conversaciones con comentarios divertidos.

Simón se apoyó en el respaldo del sofá, con los brazos cruzados. La camisa de rayas azules se ajustaba a su torso como un guante y con los pantalones de lino estaba guapísimo. Parecía relajado y alegre, como cualquier hombre joven que fuera a cenar a casa de unos amigos. El empollón anticuado y sobrio se había convertido en un pedazo de hombre.

— ¿Y por qué no se puede hablar, simplemente, de negocios?

—No hay nada malo en hablar de negocios, mientras no se hable siempre de lo mismo. Por eso he traído estas revistas, para ayudarte a encontrar temas de conversación.

— ¿Y para qué voy a hablar con mis clientes sobre moda o sobre política?

—Tienes que entender que en la vida hay otras cosas, además de un balance de cuentas —explicó Jaycee—. ¿Quieres tomar algo?

Simón asintió, suspirando.

—Esto es más difícil de lo que parece.

En ese momento, sonó el timbre. Jaycee no esperaba visita y se quedó helada al ver a Dane por la mirilla.

—Es mi hermano —le dijo a Simón en voz baja. El la miró, sorprendido. Y no le extrañaba. Debía haberse quedado pálida.

— ¿No le gusta que vengan hombres a tu casa?

—Simón, por favor, no hagas preguntas.

¿Qué iba a hacer con él? No podía presentárselo a Dane sin decirle quién era. Y tampoco podía mentir.

—Escóndete —le dijo, de repente. Simón la miró como si estuviera loca.

— ¿Esconderme?

Jaycee lo tomó de la mano y lo llevó a la cocina.

—Tienes que esconderte. ¡Ahí!

— ¿Quieres que me meta debajo del fregadero? —preguntó él, incrédulo.

—Sí. Finge que eres el fontanero.

—Yo no sé nada sobre fontanería.

—Eso da igual —dijo Jaycee, exasperada.

— ¿Jaycee? ¿Estás ahí? —escucharon la voz de su hermano.

Si lo escondía en su dormitorio... No. No quería ni pensar qué pasaría si su hermano encontraba a un hombre escondido en su dormitorio.

— ¡Un momento! —gritó—. Por favor, métete ahí y no salgas hasta que yo te diga.

—Meterme ahí debajo...

Simón lanzó sobre ella una mirada que Jaycee prefirió no explorar, pero se metió bajo el fregadero mientras ella iba a abrir la puerta.

— ¡Dane! ¿Qué te trae por aquí?

—Mamá no te vio en la iglesia y me ha pedido que viniera a ver si estabas enferma —contestó su hermano, entrando en el salón.

—Pues no estoy enferma. Es que me acosté tarde.

— ¿Me invitas a un café?

— ¡No!

Pero era demasiado tarde. Su hermano estaba en la puerta de la cocina.

— ¿Quién es ese hombre?

Jaycee miró» hacia el fregadero, bajo el que asomaban dos largas piernas masculinas.

— ¿El fontanero?

Dane la miró con un brillo de suspicacia en los ojos.

— ¿Por qué no me has llamado? Yo te habría arreglado el fregadero — dijo, entrando en la cocina—. ¿Tú sabes lo que cobra un fontanero en fin de semana?

—No lo suficiente —contestó Simón, sin sacar la cabeza.

Jaycee le pisó un pie con la punta de la sandalia y escuchó un gemido ahogado.

—Mi seguro paga la reparación.

—Ah, bueno. Pero cuando necesites arreglar algo, llámame. Ya sabes que nos gusta cuidar de ti.

— ¿Y qué quieres que haga, Dane? ¿Que me siente al sol con mi sombrilla mientras Rick y tú arregláis todo lo que se estropea en mi casita de chocolate?

—Nos gusta cuidar de ti, Jaycee. No es ningún crimen.

— ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que a mí me gustar cuidarme sólita?

—No sé por qué. Tienes una familia y...

—Dane, ¿has visto el calendario últimamente? Estamos en el siglo XXI y las mujeres cuidan de sí mismas —lo interrumpió ella, irritada.

Dane la miró con cara de hermano ofendido.

—Solo he venido porque mamá estaba preocupada por ti. Y para recordarte que mañana tenemos reunión familiar.

—Ya lo sé. Hay que organizar el cumpleaños de papá.

—Muy bien. Entonces, nos veremos mañana —dijo su hermano.

—Gracias por venir —se despidió Jaycee, mientras abría la puerta.

—De nada. Ah, por cierto, el fontanero ese te está engañando. Es más fácil arreglar algo cuando se usan herramientas.

Dane le guiñó un ojo y salió del apartamento. Estupendo, pensó ella. Su hermano le contaría a sus padres que la razón por la que no había ido a la iglesia era porque tenía a un hombre escondido bajo el fregadero. El

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

hombre en cuestión apareció entonces y la miró, esperando una explicación.

—Vamos a preparar una ensalada. Esto es algo que prefiero discutir con el estómago lleno.

Capítulo Ocho

Recuerdas que te dije que yo podía ayudarte, no la empresa de mis hermanos?

—Claro —asintió Simón.

¿Cómo iba a olvidarlo? Nunca podría olvidar el momento en que la vio corriendo hacia el ascensor. Por supuesto, la proposición que le hacía en sus fantasías era mucho más interesante que la que le había hecho en realidad.

—Pues es porque yo no... —Jaycee cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos, Simón vio en ellos una inseguridad que no había visto antes—. En realidad, no trabajo como asesora de imagen. Soy prácticamente una secretaria. Tengo un título universitario y un Master en publicidad, pero mis hermanos lo ignoran.

Simón la miró, pensativo.

—No puedes permitirselo.

—Lo sé. Me encanta mi trabajo y estoy deseando ocupar el puesto que me corresponde.

—Ya entiendo.

Simón entendía, desde luego. Y también entendía qué clase de relación mantenía con sus hermanos por la conversación que había escuchado.

—Se niegan a darme una oportunidad —dijo ella entonces, apartando la ensalada—. Entonces, apareciste tú. Y pensé que si les demostraba que podía cambiar la imagen de una persona, se convencerían de que puedo hacer lo mismo por una empresa. Por eso no voy a cobrarte nada. Lamento mucho no habértelo contado antes.

Simón hizo un gesto con la mano, como no dándole importancia. En realidad, no le estaba diciendo nada que él no hubiera sospechado. El día que fue a Imagen y Estilo, la recepcionista le dijo que el despacho de Jaycee era el primero en el pasillo. Y cuando vio la diminuta oficina, pensó que sería una asistente.

Pero nada de eso explicaba por qué lo había metido bajo el fregadero.

— ¿Por qué he tenido que esconderme?

Jaycee suspiró.

—No podía decirle a mi hermano que eras un cliente porque yo no llevo a los clientes personalmente. Y menos en mi casa. Además, en cuanto hubiera sabido que es un cambio de imagen para ti, no para tu empresa, se habría negado.

Él la miró, pensativo.

—Pero me parece que lo del fregadero no ha funcionado.

—No —admitió ella, contrita—. Pero es mejor que no te haya visto. Así, el día que haga la presentación, Dane no podrá relacionarte con el «fontanero». Llevan años utilizando el truco de que soy una mujer para no permitirme subir en el escalafón. Según los Richmond, las mujeres son incapaces de separar las emociones del negocio.

Simón entendía que hubiera tenido que llegar hasta aquel extremo para probarle a sus hermanos que era una profesional. Aparentemente, la familia Richmond era muy anticuada. Un hombre de números como él agradecía que las mujeres ocuparan un puesto en el mundo de los negocios porque había trabajado con muchas y conocía su seriedad y su capacidad de concentración.

—Entonces, soy un secreto. Quieres hacer una presentación estrella conmigo y demostrarles a tus hermanos que estás capacitada para trabajar como asesora de imagen.

—Algo así.

Quizá debería sentirse desilusionado. Pero la comprendía.

Más aún, se alegraba. Si él no era un cliente oficial de Imagen y Estilo y ella no estaba actuando como empleada de la empresa... entonces, eran solo un hombre y una mujer haciéndose un favor. Si así era, no había impedimento alguno para que mantuvieran una relación. Y eso abría la puerta a posibilidades muy interesantes.

Simón no era completamente obtuso. Entendía sus argumentos sobre que no debían besarse. No era por una cuestión de profesionalidad, sino por la

posibilidad de perder de vista el objetivo. Y él mismo sabía que lo que sentía por Jaycee era mucho más que una simple atracción sexual. Simón apartó la ensalada y se cruzó de brazos.

— ¿Y si siguen negándose a aceptarte?

—No quiero ni pensar en ello.

—Pero tú eres inteligente, ambiciosa y capaz. Una universitaria no puede conformarse con un puesto por debajo de su titulación.

Jaycee tomó un trozo de lechuga con el tenedor.

—Hay días en los que sería feliz si mis hermanos me vieran como cualquier cosa, menos como su hermana pequeña.

Simón observó el brillo decidido de sus ojos. Era preciosa.

Preciosa y quizá no tan imposible para él como había pensado. Había una cosa muy clara: Jaycee Richmond lo excitaba y podría apostar cualquier cosa a que ella sentía lo mismo. Lo que tenía que hacer era averiguar cómo podía convencerla de ello.

Jaycee sonrió, a pesar de la cara de enfado que había puesto Fiona.

—Sabía que tenías un novio escondido.

—No es un novio —insistió Jaycee.

Cuando miró a Simón, sintió una punzada de celos. Guapísimo con un jersey de cachemir a juego con sus ojos, lo había dejado en medio de un grupo de mujeres y todas lo miraban, fascinadas. Al principio parecía cohibido, pero poco después empezó a portarse con naturalidad.

En ese momento, estaba hablando con Hattie. Probablemente de moda, el único tema de conversación de la simpática pelirroja. Afortunadamente, de vez en cuando Simón miraba a Jaycee por el rabillo del ojo, como si no quisiera perderla de vista.

—Si no es tu novio, ¿quién es?

Jaycee tomó un sorbo de té helado.

—Ya te lo he dicho. Un amigo.

—Entonces, ¿no sales con él? ¿Puedo pedirle su teléfono? —preguntó Fiona.

—Supongo que sí —contestó Jaycee. Pero le costó sangre decir esas palabras. Si Fiona ponía sus ojos en él, Simón estaba perdido.

El brillo en los ojos de su amiga hizo que Jaycee se temiera lo peor.

—Qué bien.

Aunque adoraba a Fiona, sabía que, en lo que se refería al sexo opuesto, su amiga era una tigresa. Después de una relación de cinco años que le había roto el corazón, había decidido conocer la mayor cantidad de hombres posible y olvidarlos unos días después. Fiona se comería a Simón con patatas y después le rompería el corazón. Además, él era un hombre tan dulce, tan tierno. No tenía malicia ninguna.

—Es mi... —empezó a decir Jaycee, para salvarlo de una muerte segura—. Es mi cliente.

Fiona levantó sus arqueadas cejas.

— ¿Tu qué?

—Mi cliente —repitió Jaycee.

— ¿Tu cliente?

—Si le cuentas esto a mis hermanos, dejo de hablarte para siempre.

Fiona se dejó caer en el sofá de mimbre, atónita.

— ¿Estás loca?

—Seguramente. Pero es lo único que podía hacer para probarle a mis hermanos que soy una ejecutiva.

No era la primera vez que compartía sus frustraciones con Fiona y el consejo de su amiga siempre era el mismo: que se fuera a otra empresa. Cuando terminó de contarle sus planes, la exótica morena sacudió la cabeza.

—No funcionará.

—Claro que funcionará —dijo Jaycee—. ¿Cuánta gente con una licenciatura en dirección de empresas y un Master en publicidad se dedica a copiar informes?

—Hagas lo que hagas, siempre serás la hermana pequeña. Ellos creen que te están protegiendo.

—Yo no necesito que nadie me proteja.

—Ya lo sé. Pero, ¿quién es ese Simón Hawthorne? No lo conoces de nada.

—Hace un minuto te parecía muy interesante, guapa.

—Eso era antes de saber que es un extraño.

—Simón es una persona estupenda. Además, todo se habrá terminado la semana que viene. Una vez que haga la presentación, no tendremos que volver a vernos.

Por razones que Jaycee se negaba a analizar, aquello la llenaba de tristeza. Una emoción que la sorprendió.

—Haz lo que quieras, yo no diré nada. Pero tienes que prometerme una cosa.

— ¿Qué?

—Que yo estaré en la presentación.

— ¿Por qué?

—Porque va a ser la presentación más memorable de la historia.

Simón aparcó frente al edificio de Jaycee y apagó el motor de su viejo Ford. Quizá debería comprar un coche nuevo, pensó. Uno más moderno, que pegara con su nueva imagen. Quizá incluso un coche deportivo.

—Gracias por invitarme a la barbacoa, Jaycee.

—De nada. ¿Lo has pasado bien?

—Estupendamente. Venga, te acompaño a casa.

—Muy bien.

Antes de que pudiera abrir la puerta, Jaycee había salido del coche y caminaba hacia el apartamento, moviendo las caderas de esa forma que lo volvía loco.

— ¿Crees que estoy empezando a saber relacionarme con la gente?

—Por supuesto —contestó ella, buscando las llaves en su bolso—. Si lo de hoy te ha gustado, lo de mañana te gustará más.

— ¿Mañana?

—Mañana, en tu oficina. Ya verás como tu nueva imagen causa sensación.

—Espero que no se me queden mirando boquiabiertos.

—Yo creo que lo harán.

Nadie en su empresa solía dirigirle la palabra, a menos que fuera necesario. Nadie, excepto Stella, su secretaria. A Simón nunca le había gustado mucho charlar en la oficina porque siempre estaba muy ocupado. A él se le daban bien los números, no los cotilleos, ni las conversaciones sobre el partido del domingo. Los números eran algo en lo que uno podía confiar. Se sentía seguro trabajando. Sabía que dos y dos siempre eran cuatro.

Pero la gente era cambiante. No había nada constante en ellos. Sus actitudes, sus ideas se alteraban con el paso de los años y las circunstancias de la vida.

¿Su vida tras la muerte de su madre habría sido tan caótica como para cerrarse completamente al resto de los seres humanos? ¿Era tan incapaz de comunicarse que lo único que le importaba, su trabajo, podría estar en peligro?

Estaba claro que así era, pensó Simón. Pero, afortunadamente, había buscado la ayuda de Jaycee. Una mujer bella de pálidos ojos azules y piel tan suave como la seda, que lo miraba en ese momento bajo la luz del porche. Simón se dio cuenta entonces de que, si hubiera seguido como antes, no solo habría perdido su trabajo, sino la oportunidad de conseguir algo mucho más importante.

A Jaycee.

—Casi sería mejor que llamara a la oficina diciendo que estoy enfermo.

Ella levantó la mano y acarició su mejilla. Fue un roce suave, casi amistoso y, sin embargo, Simón sintió que un calor desconocido recorría su espalda.

—Todo va a salir bien.

—No será fácil —murmuró él, volviendo la cara para besar su mano.

—Yo tengo confianza en ti. Y tú también deberías tenerla. Hoy has hablado con todo el mundo en la barbacoa.

Simón tomó su mano y empezó a besarla.

—Porque no conocía a esa gente.

—Es más difícil aparentar confianza con gente que no conoces —insistió ella, intentando disimular la emoción que le producía el contacto.

—Pero tú estabas conmigo. Por eso estaba cómodo.

—Y estaré contigo mañana —murmuró Jaycee, casi sin voz—. En espíritu, aunque no en carne y hueso.

Simón la envolvió en sus brazos.

—Yo prefiero que estés en carne y hueso.

Después, tomó su boca en lo que debió ser el beso más erótico y excitante de toda su vida.

Capítulo Nueve

Jaycee estaba convencida de que se había muerto y estaba en el cielo. Porque nada en la tierra podía ser tan maravilloso como sentir los labios de Simón sobre los suyos. Y, si no se había muerto, estaba segura de que estaba derritiéndose por dentro.

El roce de las manos del hombre en su espalda la hacía sentir escalofríos y cuando él la apretó con fuerza contra su pecho, pensó que iba a desmayarse.

Profesional o no, le gustaba besar a Simón Hawthorne. Y quería hacer algo más que besarlo. Lo deseaba todo. Le temblaban las rodillas al besar a aquel hombre, en cuyos ojos había un deseo que no podía disimular. El empezó a besarla en el cuello y Jaycee no pudo evitar un gemido, como no pudo evitar el escalofrío que la recorrió entera cuando él tomó su cara entre las manos para besarla de nuevo.

Simón era peligroso. Peligroso para su tranquilidad, para sus objetivos, para la vida que estaba intentando conseguir. Quería tener una vida profesional, mientras sus padres y sus hermanos insistían en que se casara y tuviera hijos, como habían hecho todas las mujeres de la familia Richmond. Jaycee también esperaba tener hijos algún día, pero sería cuando ella lo deseara.

Ese pensamiento la sorprendió, pero no lo suficiente como para apartarse de Simón. Respiraba su aroma a colonia fresca y algo más... algo mucho más excitante y masculino. El sonido de un coche rompió el hechizo. Tenía que calmarse, no podía dejar que aquella atracción destruyera sus objetivos. Y Simón Hawthorne tenía la capacidad de hacerle olvidar objetivos, planes y futuro.

Jaycee apartó la mirada de aquellos ojos verdes y subió los escalones del porche, con las llaves en la mano.

—Buenas noches, Simón.

— ¡Espera!

Ella cerró los ojos. Lo único que tenía que hacer era empujar la puerta y entrar en casa; un sitio en el que estaría sola y podría pensar con claridad. Sospechaba que, aquella noche, tendría muchas cosas en qué pensar.

—Ha sido un día muy largo.

—Quiero volver a verte —dijo Simón.

—Y nos veremos —dijo Jaycee, sin soltar la puerta. Si lo miraba, no podría apartarse. Y tenía que apartarse—. Mañana vamos a una conferencia en la Cámara de Comercio.

—Yo estaba pensando en algo más... íntimo.

Aquella voz ronca y sensual... Tenía que resistir. Si no lo hacía, perdería lo que era más importante para ella.

—Simón, ya sabes que...

—Sé que tú lo deseas tanto como yo —la interrumpió él.

Jaycee tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. ¿Desde cuándo sabía leer los pensamientos?

—Te equivocas.

—¿De verdad? —murmuró Simón, inclinando la cabeza para besarla en el cuello.

Ella se puso a temblar.

—No —admitió, volviéndose—. No te equivocas.

Ignorar el deseo que emanaba de él... y su propio deseo le costaba más de lo que nunca hubiera imaginado. Pero tenía que permanecer firme. No podían mantener una relación sentimental. Si lo hacía, le probaría a sus hermanos que tenían razón, que no sabía diferenciar entre sentimientos y negocio.

—Quiero que salgamos juntos mañana.

—No podemos.

—Sí podemos. Mañana iremos juntos a la conferencia, pero el martes tenemos una cita. ¿De acuerdo?

Jaycee negó con la cabeza. Aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, debía insistir en que su relación fuera puramente profesional. Nada más. Su futuro estaba en juego.

—Simón, sabes que eso es imposible.

—Muy bien —dijo él, sacando del bolsillo las llaves del coche—. Si eso es lo que quieres...

Sin decir otra palabra, se volvió y empezó a caminar hacia el aparcamiento. Aunque no lo había dicho, Jaycee sabía que insistiría. Y eso la ponía muy nerviosa.

A la mañana siguiente, con uno de los trajes que Jaycee había elegido para él, Simón salió del ascensor, nervioso. No había mentido cuando dijo que habría deseado llamar a la oficina diciendo que estaba enfermo. Pero no podía hacerlo porque tenía que demostrarle al presidente de Eaton y Simms que estaba a la altura de la nueva imagen de la empresa. Además, se dijo a sí mismo, todo el trabajo de Jaycee no habría servido de nada.

El tiempo que pasaba con ella era demasiado valioso como para volver a su viejo hábito de enterrarse en números y cuentas, en lugar de mantener contacto humano con sus compañeros, por muy incómodo que esto último lo hiciera sentir.

Más tarde o más temprano, se acostumbraría a su nueva imagen. Lo que lo preocupaba era el período de transición.

Simón respiró profundamente antes de abrir la puerta.

Nada había cambiado. Los muebles seguían siendo los mismos, la alfombra seguía siendo la misma y la misma recepcionista estaba sentada tras la mesa.

Leah Porter era su nombre. Al menos, eso era lo que decía el cartelito que había a su lado. Simón nunca antes le había prestado atención y se sintió culpable. Ni siquiera sabía desde cuándo Leah trabajaba para la empresa.

— ¿Puedo ayudarlo? —preguntó la joven.

—Soy yo —dijo Simón. Leah siguió mirándolo como si fuera un actor de cine—. Simón Hawthorne.

—El señor Hawthorne no ha llegado todavía.

—No. Soy yo. Yo soy Simón Hawthorne.

La joven se quedó petrificada.

—Perdone, señor Hawthorne. No lo había reconocido. Es que... tiene un aspecto... no parece...

—No te preocupes —sonrió él. En el fondo, le gustaba parecerle atractivo. Era una novedad—. ¿Algún mensaje?

—Pues... no.

—Gracias —dijo Simón, mucho más tranquilo. Ajustándose la corbata, entró en las oficinas. La sala era muy grande y estaba llena de mesas separadas por paneles. Secretarias y ayudantes trabajaban frente a sus ordenadores, pero Simón tenía su propio despacho, como jefe de contabilidad que era. Y hacia allí se dirigió, siguiendo el mismo camino que hacía todos los días. La única diferencia eran los murmullos que despertaba a su paso.

—Buenos días —lo saludó alguien.

—Buenos días —sonrió él.

Jaycee tenía razón. Un joven contable lo miró y se quedó tan sorprendido que se le cayeron los papeles al suelo. Una secretaria se quedó mirándolo, fascinada.

Simón hubiera deseado que Jaycee estuviera allí para ver esas reacciones.

Con más confianza de la que había sentido nunca, entró en su despacho. Stella estaba colocando unos papeles sobre la mesa, como hacía todas las mañanas.

Aquel día llevaba la misma cantidad de maquillaje que todas las mañanas, pero se había pintado los labios de un tono más oscuro.

— ¡Pero qué veo! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado? ¡Estás tremendo!

A pesar de que tanta admiración le producía sonrojo, Simón sonrió.

—Gracias, Stella —murmuró, quitándose la chaqueta.

—Es increíble. Voy a ser la envidia de todas las secretarias de Eaton y Simms.

—Vale ya, Stella —dijo Simón, con lo que esperaba fuera un serio tono de advertencia.

—Si no fuera por mi Buck...

— ¿Tan horrible era antes?

—Pues... no es que fueras horrible, pero... Buenos días, señor Eaton.

Simón se quedó helado cuando Jared Eaton entró en su despacho.

—Buenos días, Hawthorne.

Los rumores se extendían rápidamente en Eaton y Simms, desde luego. No podía recordar cuándo había sido la última vez que Jared Eaton entró en su despacho. Stella salió de allí y cerró la puerta discretamente.

—Buenos días, señor Eaton —dijo Simón, indicándole que se sentara.

—El señor Eaton es mi padre, Hawthorne. Llámame Jared —sonrió el hombre—. El miércoles por la noche doy una fiesta en casa para celebrar que hemos conseguido incluir en nuestra cartera a la empresa de ropa deportiva más importante de Seattle. Me gustaría que asistieras.

Aquello era lo que Simón había deseado y no podía creer que estuviera ocurriendo tan rápidamente. No habían pasado quince minutos desde que entró en la oficina. Y no le había costado más que... bueno, cierta cantidad de dinero en vestuario y arreglos personales.

—Cuenta conmigo.

—Si quieres, puedes llevarte a tu novia o a tu mujer. ¿Estás casado?

—No, pero tengo una buena amiga. Seguro de que le encantará acompañarme.

Cuando Eaton salió del despacho, él se dejó caer sobre la silla. Jaycee no era su novia, pero estaba seguro de que iría con él... si le decía que era una reunión de negocios. Si ella se salía con la suya, su relación sería exclusivamente profesional. Si él se salía con la suya, su relación sería

enteramente personal. Simón pensaba que, tal y como estaban las cosas, todo estaba a su favor.

A mediodía, entró en las oficinas de Imagen y Estilo y, al verlo, la recepcionista sonrió de oreja a oreja. Cuando le preguntó cuál era el propósito de su visita, Simón se dio cuenta que no esperaba que dijera: «es personal». Tenía la impresión de que Jaycee no salía con nadie, o al menos no se lo había contado. Y se alegraba mucho de que no recibiera visitas «personales» en la oficina.

En lugar de llamarla por teléfono, la recepcionista le pidió que la siguiera hasta el despacho.

—Entre.

Simón sonrió al ver la expresión de sorpresa en su rostro.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Él se encogió de hombros y, con una confianza que no sentía en realidad, se sentó en la silla que había frente a su escritorio.

—He venido a contarte cómo me ha ido. El miércoles tenemos una cena de negocios.

—No deberías estar aquí —lo regañó ella en voz baja. En sus oídos, aquel tono era muy seductor, un tono que esperaba oír en otro sitio que no fuera la oficina—. ¿Tenemos?

—Tú y yo. ¿Y por qué no voy a venir a verte?

Jaycee se levantó bruscamente y pasó a su lado para cerrar la puerta. Simón respiró su perfume, imaginándose a sí mismo poniendo los labios donde ella ponía ese perfume por las mañanas...

—Tú sabes por qué. ¿Qué pasaría si mis hermanos te vieran?

Jaycee se apoyó en la puerta y él tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no levantarse y tomarla en sus brazos. Hubiera deseado besarla hasta dejarla sin sentido. Pero, en lugar de hacerlo, se encogió de hombros.

—No lo sé. Dímelo tú.

—Tienes que irte.

—Después de que te haya contado lo que ha pasado esta mañana.

—Puedes contármelo esta noche.

El rostro de Simón se iluminó con una sonrisa perversa.

— ¿Y si te lo cuento esta noche... después de cenar?

—Vamos a ir a la Cámara de Comercio. Y tengo que cenar con mis padres.

—Una cita sería mucho más divertida.

En ese momento, sonó el intercomunicador.

— ¿Jaycee? —escucharon una voz de hombre.

— ¿Sí, Rick?

—Sal conmigo esta noche —murmuró Simón.

— ¿Tienes el informe de Templeton? No lo encuentro.

—Está en tu despacho. Lo he dejado sobre la mesa.

— ¿Estás segura?

—Claro que sí —contestó ella, irritada.

—Ah, es verdad. Ya lo veo.

Después de eso, colgó. Sin dar las gracias siquiera, notó Simón. Él siempre le daba las gracias a Stella. Podía ser un poco serio, pero nunca había sido grosero con nadie. Y menos con su secretaria. Además, si lo hubiera sido, Stella se lo habría hecho pagar muy caro. Jaycee miró al monstruo que había creado, preguntándose cuándo se le habían escapado las cosas de las manos. Y preguntándose por qué podía derretirla con una sola mirada.

—Ya hemos hablado de esto, Simón —dijo, con lo que esperaba fuera una voz firme.

¿Por qué había ido a verla? ¿Para volverla loca? Había pasado una noche horrible, dando vueltas y vueltas durante horas. Y cuando por fin se había quedado dormida, había soñado con su cliente en situaciones... muy poco profesionales.

—No pienso irme hasta que me digas que sí —insistió Simón.

—Muy bien —suspiró ella—. Tú ganas. Pero no esta noche.

—Mañana entonces.

Jaycee asintió con la cabeza. Simón podía pensar que era una cita, pero no era más que un ejercicio de relaciones públicas. Y si seguía diciéndose eso a sí misma durante las próximas cuarenta y ocho horas, quizá podría apartar sus pensamientos del dormitorio.

—Tenía la impresión de que dirías que sí —dijo él, con una puntita de arrogancia que le pareció fingida. O quizá estaba ensayando, no estaba segura.

A pesar de sus objetivos, a pesar de sus argumentos en contra, Jaycee no pudo evitar que una sonrisa iluminase su rostro. Simón había cambiado mucho en tres días.

—No estás jugando limpio.

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que dicen. En el amor y en la guerra, todo vale.

¿Por qué tenía Jaycee la impresión de que la guerra no tenía nada que ver con lo que él estaba pensando?

Capítulo Diez

Jaycee había esperado que él estuviera nervioso, incluso un poco aprensivo. Lo que no esperaba era ver a un hombre muy seguro de sí mismo, confiado y sonriente. Y tremendamente atractivo. Un hombre que parecía acostumbrado a las cenas de negocios.

Su reacción física ante Simón no había sido una sorpresa. Cuando él la tomó por la cintura para acompañarla al coche, había sentido un escalofrío. El olor de su colonia la mareaba y el sonido de su voz ronca y profunda le hacía sentir una quemazón intensa en el vientre. Y esa sensación se mantuvo con ella durante la cena y después del café.

Su reacción emocional sí la había tomado por sorpresa. Había dos cosas muy claras para Jaycee. Una, que a pesar de todos sus argumentos, deseaba a Simón. Quería sentir su boca, sus caricias, su cuerpo apretado contra el suyo, piel contra piel, hombre contra mujer.

La segunda era más difícil de aceptar. Lo que sentía por él excedía el campo de lo físico y entraba en el terreno del corazón.

Jaycee dejó su copa de coñac sobre la bandeja de un camarero y miró a Simón al otro lado del elegante salón de la casa de Jared y Kathryn Eaton. Estaba hablando con unos ejecutivos y se portaba con una confianza y una tranquilidad que no había tenido unos días atrás.

Verlo tan desenvuelto hizo que sintiera una punzada de orgullo, pero sabía que no todo lo había hecho ella. La inteligencia y el humor habían estado dentro de él siempre. Solo había tenido que sacarlos a la superficie.

Nadie creería que aquel hombre tan atractivo era el mismo chico tímido, vestido de forma anticuada que había entrado en su oficina para pedirle ayuda. Y lo único que Jaycee había tenido que hacer fue cambiar sus gafas, su pelo y su forma de vestir para descubrir al hombre que había debajo. Su nuevo aspecto le daba confianza. El resto era Simón Hawthorne.

Una tortura para ella. Y para cualquier mujer.

A pesar del éxito, no pudo evitar sentir tristeza ante la idea de no volver a verlo. Su trabajo había terminado. Misión cumplida. No había nada más que hacer, excepto la presentación ante sus hermanos. Jaycee intentó

olvidarse de la tristeza que le producía aquel pensamiento, pero no era capaz.

Decirse a sí misma que no tenía tiempo para una relación sentimental, especialmente una que sería un recordatorio constante para sus hermanos de que no podía separar el trabajo y las emociones, no hacía nada para deshacer el nudo que tenía en la garganta. ¿Cómo podía esperar que creyeran en ella como profesional si no podía dejar de mirar a su cliente con la boca abierta?

No necesitaba aquello. Sobre todo, en aquel momento, cuando estaba tan cerca de sus objetivos.

Además, Simón había dicho algo que la hacía cuestionarse su futuro.

¿Y si, a pesar de la presentación, a pesar de sus cualificaciones, sus hermanos seguían negándole el ascenso? ¿Qué haría entonces?

No había querido pensar en las opciones, pero quizá debía empezar a hacerlo. Si seguía trabajando con sus hermanos sin conseguir la categoría profesional para la que estaba acreditada, su vida sería una amargura constante. Quizá lo mejor era dejar la empresa familiar y buscar en otra parte. ¿Debería seguir intentando ganar viejas batallas que no ganaría nunca o buscar nuevos retos?

Suspirando, Jaycee se acercó a Simón y él la miró con una sonrisa en los labios. El calor que esa sonrisa producía la sorprendió de nuevo, mezclado entonces con una sensación de escalofrío en el pecho.

— ¿Podemos irnos?

Él asintió, tomando su mano. Diez minutos más tarde, se despidieron de todo el mundo.

— ¿Adonde vamos? —preguntó Simón, sacando las llaves del coche.

Quizá era la luna llena. O quizá cómo Simón la había mirado antes, cuando se acercaba a él. Quizá tenía un ataque de deseo, pero Jaycee se negaba a dejar que la noche terminara. No sería el final de su carrera si se dejaba llevar por una vez.

—Vamos a mi casa —dijo, con una sonrisa perversa.

— ¿Nata? —exclamó Jaycee, riendo—. Eso es mucho peor de lo que había imaginado.

Simón sacudió vigorosamente el bote.

—Vamos a vivir un poco —sonrió él, apartando un mechón de pelo de su frente.

—Creo que voy a lamentarlo por la mañana.

—Has llegado hasta aquí. No te pares ahora.

—De acuerdo. Nata entonces —asintió Jaycee.

El empezó a echar nata sobre el helado de chocolate que acababan de sacar del congelador, mientras ella se inclinaba para buscar algo. El corazón de Simón dio un vuelco al ver el seductor trasero bajo la tela negra del vestido.

La vida era dura, pensó. Una chica lo invitaba a su casa y ¿qué conseguía? No un beso húmedo, desde luego. Cuando Jaycee había sugerido ir a su casa, lo último que se le había ocurrido pensar era en un helado de chocolate con nata. La vida no era justa.

— ¡Nueces! —exclamó ella entonces, sacando una bolsa del armario—. Están muy ricas con el helado.

Simón la siguió hasta el salón con las copas de helado. El sofá era de color crema, como la alfombra, y los cojines antiguos, de terciopelo. A pesar del paisaje lluvioso de Seattle, en aquella casa siempre parecía primavera.

Jaycee se sentó en el sofá, con las piernas dobladas.

—Esta noche lo has hecho estupendamente —dijo, tomando una cucharada de helado.

El hizo lo propio mientras se sentaba a su lado, suficientemente cerca como para respirar su perfume, pero lo suficientemente lejos como para evitar la tentación de saltar sobre ella.

—Eaton me ha pedido que lleve personalmente la cuenta de la empresa deportiva —dijo Simón, orgulloso.

—No me sorprende nada. Has estado muy cordial y simpático con todo el mundo.

—Gracias a ti.

—Yo solo te he dado unos consejos. El resto lo has hecho tú, Simón.

—Hace una semana, habría sido incapaz —dijo él, dejando el helado sobre la mesa.

—Tendrás éxito en cualquier cosa que te propongas, Simón. Yo tengo mucha fe en ti.

Esa fe lo animó a aceptar el cumplido. Pero Simón sabía que ella tenía mucho más que ver con su éxito de lo que decía. No solo le había dado una nueva imagen. Cuando Jaycee estaba a su lado, creía en sí mismo. Ella lo complementaba de muchas formas.

—Yo pensaba que me parecía mucho a mi padre. Y tú has hecho que me diera cuenta de que eso no es verdad.

— ¿Cómo es tu padre? —preguntó ella, pasando la lengua por la cuchara manchada de chocolate.

Simón estuvo a punto de morir de un infarto.

—Reservado —contestó, intentando concentrarse en la conversación—. Mi padre siempre ha tenido su propio negocio, pero ahora está retirado. Yo solía pensar que era introvertido, pero la verdad es que solo vivía para el trabajo porque le resultaba más fácil que hacerle sitio a alguien en su vida.

— ¿Y tu madre?

—Murió cuando yo tenía seis años.

—Lo siento —murmuró Jaycee, tomando su mano.

Él se encogió de hombros, pero la verdad era que, tras la muerte de su madre, no había tenido infancia. Su padre le quería, pero había sido un egoísta. La admisión lo sorprendió y lo liberó al mismo tiempo.

—Mi madre era encantadora, pero mi padre era un poco frío, distante. Siempre estaba trabajando y no recuerdo haber jugado con él de pequeño. Nunca.

— ¿Por qué?

—No lo sé. Quizá tras la muerte de mi madre se convirtió en un ermitaño —contestó Simón—. Trabajaba a todas horas porque era más fácil que comunicarse con la gente. Y yo pensé que era igual que él. Pero hay otras cosas en la vida, además de los libros de contabilidad. Yo no quiero terminar como mi padre. No quiero mirar atrás y ver que se me ha pasado la vida y no tengo a nadie con quien sentarme en el balancín del porche. Quiero recuerdos, Jaycee. Quiero compartir recuerdos con alguien especial.

Ella respiró profundamente, diciéndose a sí misma que no debía asustarse. No le estaba diciendo que ella fuera esa persona.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó, casi sin voz.

Simón empezó a acariciar su mano, mirándola a los ojos. No debería haberlo invitado a subir a su casa.

—Sé uno de mis recuerdos, Jaycee.

—Pero...

No le estaba pidiendo que fuera su mujer. Solo le estaba pidiendo un recuerdo. Un recuerdo que le duraría toda la vida, como a ella. Y que no suponía una amenaza para sus objetivos profesionales.

Solo un recuerdo.

Cuando Simón se inclinó hacia ella, Jaycee contuvo el aliento. Los ojos verdes del hombre la hacían sentirse más excitada que nunca.

—Solo un beso, Jaycee —murmuró, apoyando las dos manos en el brazo del sofá, acorralándola—. Solo un recuerdo.

Solo un recuerdo. Era tan masculino, pensó entonces ella, hipnotizada.

—Solo un recuerdo —susurró.

—Sí.

Los labios del hombre se acercaron a los suyos para darle un beso dulce y tierno que la hizo alegrarse de estar sentada. De pie, no habría podido soportarlo.

—Simón... —musitó. En los ojos del hombre veía un deseo que la quemaba por dentro.

—Uno no es suficiente. Nunca será suficiente.

Antes de que pudiera hacer nada, él la atrajo hacia sí y cubrió su boca con la suya. Aquel beso fue diferente. Y desató un incendio.

—Ábrete para mí —murmuró Simón, rozando sus labios con la punta de los dedos.

Y ella obedeció. La lengua del hombre rozó la suya. Sabía a helado de chocolate. Ya hombre. Un escalofrío la recorrió cuando él la obligó a abrir la boca con su lengua. Y ella obedeció de nuevo, enredando los brazos alrededor de su cuello y apretándose contra él hasta que sus pechos se aplastaron contra el firme torso masculino. Jaycee sabía que los besos de Simón estaban llenos de sensualidad. Sabía que besarlo la excitaba como nada la había excitado antes. Y, sin embargo, el impacto de aquel beso la sorprendió.

Un gemido escapó de su boca cuando él empezó a acariciar su espalda. A través de la tela del vestido, podía sentir los dedos del hombre y se apretó aún más contra él, sintiendo una sensación ardiente en su abdomen y... más abajo. Cuando él rozó sus pechos con un dedo, Jaycee dejó escapar un suspiro. Nunca se había sentido tan nerviosa, tan excitada... tan viva.

Simón la tumbó delicadamente en el sofá y se tumbó a su lado, mirándola a los ojos.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Jaycee.

Él tomó su cara entre las manos.

—Vamos a crear un recuerdo muy hermoso.

Capítulo Once

El efecto de la promesa erótica de Simón fue instantáneo. Él no había dicho exactamente que iban a hacer el amor. Y, aunque eso estuviera implícito en sus palabras, no era razón para que se le hubiera formado un nudo en el estómago. No había justificación para el poderoso deseo que Jaycee sintió en ese momento.

Pero sus ojos le estaban diciendo la verdad. Sus ojos le decían que sentía una pasión arrebatadora y Jaycee no podía decidir qué la sorprendía más, su promesa o cómo se derretía por dentro ante la idea de llevarla a cabo. Pero si iba a hacer el amor con Simón, no le gustaba la idea de hacerlo en el sofá, como un par de adolescentes.

Suavemente, lo empujó hacia atrás y se levantó. Él se levantó también, en silencio. Jaycee nunca había visto más ternura en los ojos de un hombre.

—Aquí no —dijo ella, inclinándose para apagar la lámpara.

Con la luz de la luna iluminando el apartamento, lo llevó por el pasillo hasta el dormitorio. Simón dudó un momento en la puerta y tiró de su mano para volverla hacia él.

—Te deseo, Jaycee. Y quiero que tú me desees a mí.

Sin decir nada, ella empezó a desabrochar su camisa hasta descubrir el torso desnudo.

—Entonces, no hay nada que nos impida crear un recuerdo para cuando seamos viejos, ¿verdad? —murmuró, deslizando las manos sobre la suave piel del hombre.

Al hacerlo, escuchó un gemido ronco saliendo de la garganta de Simón y sonrió. Cuando rozó uno de sus pezones con la lengua, la reacción de él fue tomarla por los hombros y apartarla un poco, como dándole una última oportunidad para cambiar de opinión. Al ver la mirada atormentada de Simón, Jaycee no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

Él sostuvo su mirada. Y, al hacerlo, pareció sujetar su corazón en las manos. Y, posiblemente, su alma también.

—Jaycee...

—Hazme el amor, Simón —susurró ella, empezando a quitarse el vestido.

Simón deseaba tocarla más que nada en el mundo. Necesitaba poseerla, hacerla suya por completo. Solo con un sujetador y una braguita de seda negra, Jaycee dio un paso hacia él. Y una bola de fuego explotó en su interior, endureciéndolo de tal forma que le dolía. Quería tomarla en sus brazos, llevarla a la cama y hacerle el amor durante toda la noche.

Ella enredó los brazos alrededor de su cuello, apretando su cuerpo pecador contra el del hombre. Simón se olvidó de respirar. Si no se controlaba, «toda la noche» duraría unos tres segundos. Jaycee parecía una gatita negra. Lo único que le faltaba era maullar para volverlo loco del todo.

Intentando controlarse con todas sus fuerzas, Simón la tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella. Jaycee sabía que ya no podía volverse atrás. Aquella noche sería suya. No sabía lo que pasaría al día siguiente y no quería pensar en ello.

Simón empezó a besarla en el cuello mientras desabrochaba el sujetador y ella arqueó la espalda cuando sintió los labios del hombre rozando sus pechos. Un millón de sensaciones se debatían en su interior cuando él empezó a mordisquear aquella parte tan sensible. Jaycee estaba harta de luchar contra sus deseos y decidió perder la cabeza. Sus manos, su boca, su cuerpo sobre ella eran el paraíso. Se sentía viva. Nunca se saciaría de él.

Lo necesitaba. No solo física, sino espiritualmente. Darse cuenta de ello debería haberla enfriado, pero tuvo el efecto contrario, incendió su sangre. Simón se apartó de la mujer que lo estaba volviendo loco para quitarse la ropa e intentar recuperar un cierto control.

—Creí que te habías arrepentido —murmuró Jaycee, cuando Simón volvió a colocarse sobre ella, desnudo.

—¿Arrepentirme? ¿Sabes lo que me estás haciendo? —consiguió decir él.

Jaycee levantó las caderas para rozar la erección del hombre con la seda de las braguitas.

—Me parece que sí.

Antes de hacer el ridículo terminando prematuramente, Simón se apartó un poco. Decidido a volverla tan loca de deseo como lo estaba él, usó su lengua y sus manos para explorarla. Delicadamente, le quitó las braguitas y empezó a acariciar los suaves rizos castaños. Cuando inclinó la cabeza hacia su parte más sensible, ella arqueó la espalda y emitió un gemido de placer tan sincero y puro que Simón se sintió abrumado.

Con una mano sujetaba su trasero y con la otra, la exploraba íntimamente. Jaycee tuvo que sujetarse al cabecero. Unos minutos después, su cuerpo se tensó y él saboreó su dulce orgasmo. Simón estaba seguro de que moriría de agonía si no la hacía suya en aquel mismo instante. Jaycee tenía los ojos semicerrados y pareció ciarle la bienvenida cuando se introdujo en ella. Las suaves vibraciones que seguía sintiendo en su interior le proporcionaron aún más placer y cuando levantó las caderas, gimiendo, Simón estuvo a punto de dejarse ir.

—Eres tan preciosa —murmuró, su voz llena de emoción.

Mientras la tomaba, la besaba en los labios con fuerza. Con cada embestida, saltaban chispas y tuvo que cerrar los ojos, enloquecido. Ella murmuró su nombre. Un sonido embriagador, pensó, antes de perder la cabeza por completo.

Jaycee se levantó de la cama para ir al baño, intentando no despertar a Simón. Eran las cinco de la mañana. Después de ducharse y lavarse el pelo, volvió a entrar en la habitación.

Contuvo el aliento hasta que estuvo segura de que Simón seguía dormido y después fue a la cocina. Usando solo la luz de la campana extractora, calentó una taza de agua en el microondas para preparar té. Y solo cuando estuvo sentada en el sillón, al lado de la ventana, quiso pensar en lo que había hecho.

Había sido un tremendo error.

Quería que sus hermanos la tomaran en serio, quería ser una ejecutiva de la empresa, pero solo había conseguido probar que ellos tenían razón. Permitiendo que las emociones nublaran su juicio, había puesto en peligro su futuro. No solo había traspasado las barreras profesionales metiéndose en la cama con un cliente, sino que había permitido que los sentimientos por Simón la distrajeran de su objetivo.

No podía negarse a sí misma que el recuerdo que Simón y ella habían creado se quedaría en su corazón para siempre. Pero, por muy maravilloso y tierno que hubiera sido, no permitiría que volviera a ocurrir. Su futuro estaba en juego. Estaba luchando para cambiar la actitud de su familia y lo último que necesitaba era justo lo que acababa de hacer.

Un movimiento llamó su atención, pero no tuvo que volverse para saber que era Simón.

— ¿Quieres un té?

—No, gracias —contestó él, sentándose en el sofá—. ¿Siempre te levantas tan temprano?

Jaycee lo miró. Estaba descalzo, pero se había puesto los pantalones y la camisa. Tenía un aspecto muy sexy, despeinado y medio dormido. Simón sabía lo que ella iba a decir, sabía que iba a destrozar sus esperanzas. Y Jaycee esperaba que no supiera que era mentira. La mentira más grande que habría dicho nunca.

—Ha sido un error.

Simón apartó la mirada y ella apretó la taza entre los dedos, como si el calor del té pudiera calentar su corazón.

—Jaycee...

—He cometido un error...Lo siento, de verdad. Lo que ocurrió anoche no debería haber ocurrido.

Simón levantó la cabeza y la mirada que lanzó sobre ella hizo que un escalofrío recorriera su espalda. Furia era la última emoción que hubiera esperado de él. El corazón de Jaycee se encogió. Unas horas antes había visto pasión en esos ojos verdes. Había visto ternura. Pero, en aquel momento, solo había furia.

Y era culpa suya.

— ¿Estás segura? —preguntó él, con los dientes apretados—. ¿Lo has pensado bien?

—Mi trabajo está hecho y tu futuro en la empresa está asegurado —dijo Jaycee, odiando aquellas palabras—. No tenemos que volver a vernos.

— ¿Y lo de anoche? ¿Qué ha sido, un regalo de despedida?

Ella apartó la mirada, incapaz de soportar el dolor que veía en sus ojos. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Yo...

— ¿Por qué haces esto? ¿De qué tienes tanto miedo?

Jaycee no podía mirarlo. Las lágrimas amenazaban con asomar a sus ojos y tuvo que cerrarlos. Ojala pudiera apartar el dolor tan fácilmente.

—Como he dicho, mi trabajo está hecho y...

— ¡Eso es mentira y tú lo sabes, Jaycee! ¿Por qué no me dices la verdad?

— ¿Que lo he estropeado todo? ¿Es eso lo que quieres oír? —replicó ella entonces—. He hecho lo que mi familia esperaba de mí, mezclar el trabajo con el corazón. He dejado que mis sentimientos me dominaran y no volverá a pasar.

Jaycee esperó. Esperó que él dijera que estaba equivocada, que la noche más hermosa de sus vidas no podía ser un error. Pero no lo hizo. Simón se levantó y salió del salón. Lo oyó ponerse los zapatos en el dormitorio y, unos segundos después, volvió con la chaqueta en la mano.

Se quedó parado en la puerta y ella contuvo el aliento.

—El único error es el que acabas de cometer ahora —dijo en voz baja, antes de abrir la puerta y desaparecer de su vida.

Como ella había querido.

—Maldita mujer —murmuraba Simón mientras se afeitaba.

Había dicho aquellas mismas palabras un millón de veces durante una semana. Nunca había conocido una mujer más testaruda y más orgullosa que Jaycee Richmond.

—No se daría cuenta de que ha encontrado el verdadero... ¡Ay!

Acababa de cortarse con la cuchilla y, murmurando maldiciones subidas de tono, se colocó un trozo de papel higiénico en el corte.

Simón sabía por qué le había dicho que era un error. Se estaba protegiendo a sí misma. De él, suponía, pero las razones para ello lo tenían completamente a oscuras. Cuando volvió a intentar afeitarse, se cortó de nuevo. Tendría que pensar en un plan para recuperar a Jaycee pronto o acabaría con la cara hecha un mapa.

La había llamado. Dos veces. Y ella se había mostrado fría.

Cuando le habló a su padre de ella, Steven Hawthorne lo había sorprendido sugiriendo que le regalara flores y Simón le había enviado dos docenas de rosas, pero solo consiguió una nota de agradecimiento. Stella lo sorprendió sugiriendo que le enviara un libro de poesías.

Pero Jaycee se lo había devuelto con una nota en la que le rogaba que dejara de enviarle regalos. Simón sabía que Jaycee estaba mintiendo. No solo a él, sino a sí misma. No había podido imaginar lo que ocurrió aquella noche. La pasión, la emoción que habían sentido no era producto de su fantasía. Había sido real. Se había enamorado de Jaycee.

Y ella estaba enamorada de él. Todo en ella le decía que sus sentimientos eran correspondidos. Porque nadie, ni siquiera Jaycee Richmond, podía ser tan buena actriz. La había llamado, le había enviado flores, un libro de poesía... Lo había hecho todo excepto portarse como un hombre de las cavernas, colocarla sobre su hombro y llevarla a alguna parte para obligarla a escucharlo. Y tenía muchas cosas que decirle.

Pero no podía hacer eso y solo le quedaba esperar.

Y rezar para que esa obstinada mujer recuperase el sentido común y escuchara a su corazón.

Capítulo Doce

Jaycee salió del ascensor a la una de la tarde. Aquel sería el gran día. Su futuro en la empresa estaba en juego y, a menos que consiguiera convencer a sus hermanos, no podría convertirse en una ejecutiva. Con determinación, entró en la oficina de Dane. Si alguien podía escucharla, sería él.

Podía oír la voz de Rick hablando por teléfono en el despacho de al lado. Pero no era con Rick con quien quería hablar.

— ¿Tienes un minuto?

Su hermano levantó la cabeza y le hizo un gesto con la mano.

— ¿Para ti? Siempre.

Jaycee cerró la puerta y se sentó en el brazo del sillón.

—Dane, creo que es el momento de...

—Sé lo que vas a decir —la interrumpió su hermano.

Sobre eso, Jaycee tenía serias dudas. Era imposible que Dane supiera lo que quería decir.

— ¿Ah, sí?

—Quieres un aumento. Sé que deberíamos haberlo hecho antes, pero ya sabes que hemos estado muy ocupados.

—No estoy hablando de un aumento, Dane. Quiero un trabajo de más responsabilidad.

— ¿Más responsabilidad? Si prácticamente llevas la oficina. ¿Qué más quieres?

—Mucho más —contestó ella, incapaz de disimular la desilusión.

Dane siempre había sido diferente de Rick. Más moderno, más comprensivo. Había creído que era el más cercano a ella, pero estaba equivocada.

— ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Tú sabes bien lo que quiero. Sabes que soy universitaria y que estoy cualificada.

—Sí, pero no tienes experiencia.

— ¿Y cómo esperas que consiga experiencia si no me das una oportunidad?

—Jaycee, es...

— ¿Es solo porque me falta experiencia? —preguntó ella, irónica.

—Estás siendo injusta.

—Y tú también. ¿Qué pasaría si te pruebo que estás equivocado?

—Pues... no sé. Ya sabes cómo es Rick.

Jaycee tuvo que disimular un suspiro de frustración. Daba igual que fuera universitaria, daba igual que estuviera capacitada, para la familia Richmond siempre sería una mujer. Y, según ellos, las mujeres no podían ser ejecutivas.

—Olvídalo —murmuró.

Nunca convencería a Rick. Imagen y Estilo era una empresa dedicada totalmente a la imagen corporativa y haber cambiado la imagen de una persona le parecería algo absurdo, una broma.

—Que papá y Rick no crean en las mujeres profesionales no significa que un porcentaje de las ganancias no sean para ti, Jaycee.

Ella lo miró, furiosa.

—No estoy hablando de porcentajes. Estoy hablando de mi trabajo. No necesito que nadie ingrese en el banco dinero para mí porque ese dinero puedo ganarlo yo —replicó, levantándose.

Su hermano dejó escapar un suspiro.

— ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que hable con Rick? Ya sabes lo que piensa, pero lo haré si eso te hace feliz. Incluso aunque, por algún milagro, cambiara de opinión, nunca te haría ejecutiva. Él es así, ya sabes...

Jaycee apoyó las manos en el escritorio y miró a su hermano a los ojos.

—Quiero ser ejecutiva. Y tengo cualificaciones para serlo.

Dane se levantó y se acercó a la ventana, incómodo.

— ¿Por qué no te conformas, Jaycee?

—Porque no quiero. Porque quiero una carrera, una vida profesional igual que la vuestra. He estudiado lo mismo que vosotros, con las mismas calificaciones y haré lo que tenga que hacer para conseguir un puesto a mi medida.

—Lo siento, pero lo que tú quieres no está aquí.

—No —murmuró ella—. Quiero un futuro en publicidad y nunca lo tendré en la empresa de mi familia. Qué triste, ¿verdad?

—Lo siento mucho.

—No te disculpes, Dane. Dimíto. A partir de hoy mismo.

— ¿Vas a rendirte tan pronto? —preguntó él, sorprendido.

¿Para qué seguir intentando ganar una batalla perdida?

Sería mejor buscar trabajo en otra empresa, pensó Jaycee, tomando su bolso y sacando las llaves del coche. Al hacerlo, un papelito cayó al suelo. Cuando lo leyó, se quedó petrificada: El hombre perfecto aparecerá hoy en tu vida.

La galleta de la fortuna.

Simón había aparecido en su vida aquel día, unos minutos después de leer el papel. Jaycee no creía en el destino. Las videntes y los horóscopos eran para la gente incapaz de tomar las riendas de su vida. Había estado segura de ello. Al menos, hasta que Simón Hawthorne apareció en su vida para pedirle que cambiara su imagen. Y lo último que había esperado era perder el corazón en el proceso.

—No me rindo.

— ¿Entonces?

La sonrisa en el rostro de Jaycee era sincera. Su futuro era un misterio, pero nunca se había sentido más segura de algo en su vida.

—Voy a dar un paso adelante.

El viernes por la mañana, Jaycee se despertó viendo las cosas de otra forma. Se había quedado sin trabajo, pero eso daba igual. No estaba preocupada porque tenía un plan. Después de varias llamadas telefónicas y una conversación con sus padres, la decisión estaba tomada. Imagen Personal abriría sus puertas un mes más tarde.

Incluso su padre, el más machista del clan Richmond, había aceptado respaldar su proyecto con un préstamo. Por supuesto, creía estar tirando su dinero, pero ella le daría una sorpresa. Y había tomado otra decisión. Tenía que hablar con Simón. Tenía que decirle que había sido una testaruda y estaba preparada para lo que le deparase el futuro... mientras estuvieran juntos.

Había llamado a Eaton y Simms para pedirle una cita a su secretaria, diciendo que necesitaba contables para su nueva empresa. Estaba muy decidida, pero cuando entró en el coche, su confianza empezó a desvanecerse. No había vuelto a saber nada de él desde que le envió el libro de poesías. Quizá la había olvidado, pensó.

Cuando aparcó el coche y subió en el ascensor, su confianza se había desvanecido del todo. Nerviosa, le dio su nombre a la recepcionista y, unos minutos después, una mujer muy delgada la acompañó a la sala de juntas. Su corazón latía acelerado y tuvo que respirar profundamente al ver a Simón. Estaba guapísimo con el traje de raya diplomática que ella había elegido unas semanas antes.

—Gracias, Stella —murmuró él, con aquella voz ronca y profunda que tanto había echado de menos.

—Hola —dijo Jaycee, cuando la secretaria cerró la puerta.

El corazón de Simón estaba a punto de explotar dentro, de su pecho y tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar por encima de la mesa y tomarla en sus brazos. Que Jaycee hubiera ido a verlo no significaba que se hubiera dado cuenta de que estaba enamorada de él.

— ¿Para qué has venido?

—Necesito un... contable.

Aquellas no eran las palabras que quería escuchar, pero la vacilación en su voz y la ternura que veía en sus ojos le hacían albergar esperanzas.

—Ya veo.

—Me gustaría contratarte.

Simón se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No sé. Yo suelo trabajar para grandes empresas.

Jaycee tuvo que suprimir una sonrisa.

—Te pagaré bien —dijo, dando un paso hacia él.

Simón tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer impassible.

—Estoy muy ocupado.

— ¿Y si te digo que es para mi nueva empresa, Imagen Personal?

—Me daría igual.

— ¿Y qué no te daría igual? —preguntó Jaycee, a un metro de él. Cuando Simón respiró su aroma, aquel aroma a flores, tuvo que disimular que se le doblaban las rodillas.

Pero no pudo evitar levantar la mano para acariciar su mejilla.

—Un beso podría ser el primer paso.

— ¿Solo un beso?

—Para empezar —murmuró Simón, inclinando la cabeza para tomar su boca.

—Te he echado de menos —musitó Jaycee, cuando él empezó a besarla en el cuello—. Y te debo una explicación.

Simón suspiró. Aquello podía esperar. Lo que quería era besarla. Además, tenía derecho a hacerse el orgulloso... aunque fuera durante cinco minutos.

—Cometí un error, Simón. No por hacer el amor contigo, sino por dejar que mis miedos se pusieran en nuestro camino. Mis miedos han hecho que

no tenga lo que quiero. No solo profesional, sino personalmente —empezó a decir ella, contrita.

Simón tuvo que morderse los labios para no decir que daba igual. Que la quería y nada más importaba.

—Te quiero, Simón.

¡Sí! ¡La vida era maravillosa!

—Ya.

— ¿Ya? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

— ¿Qué quieres que diga?

Jaycee enredó los brazos alrededor de su cuello. El brillo de amor que veía en los ojos azules hacía que a Simón se le encogiera el corazón.

—Quiero que sepas que no es demasiado tarde.

Él tuvo que sonreír. Se habían torturado los dos durante demasiado tiempo.

—No es demasiado tarde —dijo, tomándola por la cintura—. Te quiero, Jaycee. Aunque seas la mujer más testaruda y...

—En paro —lo interrumpió ella, plantándole un beso en los labios—. Me despedí ayer de Imagen y Estilo.

Eso no lo sorprendía. Simón había esperado que lo hiciera en cualquier momento.

— ¿De verdad?

—Sí.

—Pensé que...

—No hay nada que hacer. Mi familia es como es y no voy a cambiarlos.

Simón escuchó lo que había pasado y su decisión de abrir su propio negocio. Imagen Personal trabajaría con empresas y con personas que necesitaran un cambio de imagen o consejos sobre cómo llevar las relaciones públicas. Hiciera lo que hiciera, Simón estaba seguro de que Jaycee triunfaría.

No solo tenía formación e instinto para los negocios, sino confianza para convertir a cualquiera en un ganador.

—Aún no hemos discutido los términos del contrato.

— ¿Qué términos? —preguntó ella.

—Necesitas un contable, ¿no?

—Sí —contestó Jaycee—. ¿Qué tal si discutimos los detalles durante la cena?

—Yo estaba pensando más bien... en el desayuno. Cada mañana.

— ¿Y qué van a decir mis clientes?

—Yo no estaré casado con tus clientes.

Los ojos de Jaycee se llenaron de lágrimas.

Y entonces sellaron su acuerdo con un beso.

Fin